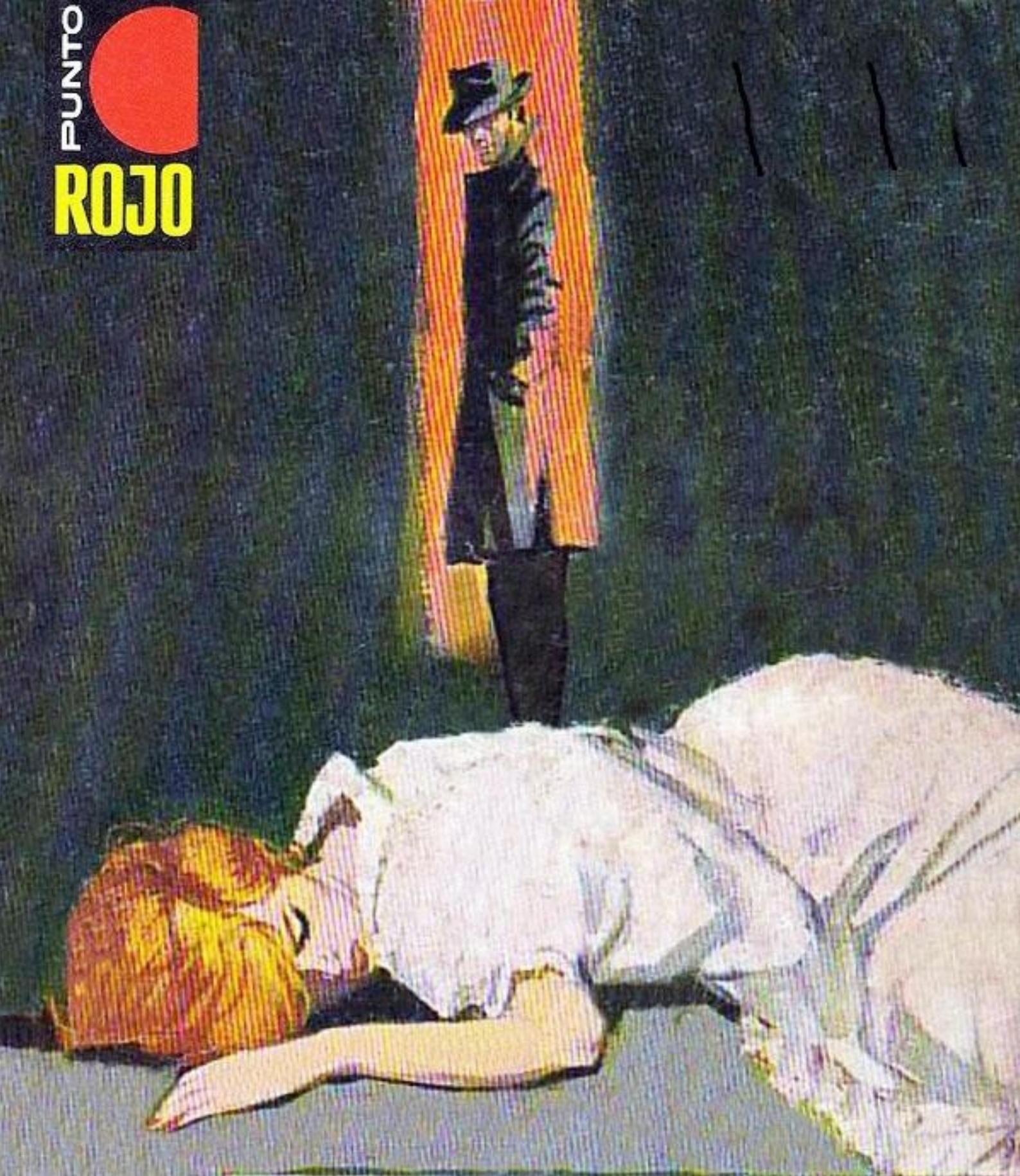


PUNTO
ROJO



MORBO

donald scuris

Lectulandia

Está lloviendo.

Llueve mucho. Puedo contemplarme en el asfalto, negro y espejeante. Y en los charcos. Hay muchos charcos. Negros y redondos. Parecen insondables. Pero mis pies chapotean en ellos, tocan el asfalto bajo el agua de lluvia.

Me he detenido en el bordillo de la acera. Un automóvil, al pasar me salpica de agua los pantalones. Va demasiado de prisa, y demasiado pegado al bordillo. Le he dicho algo, no sé el qué. Pero él ha seguido adelante, indiferente a todo, hendiendo las cortinas de lluvia con su proa reluciente.

Y me he vuelto a quedar solo en la calle. Es una calle larga y amplia. Una calle por la que no transita nadie. Solamente yo...

Creo que no conozco esta calle. O tal vez la conozca, no sé. La mente está tan confusa... Sería difícil decir si he pasado antes alguna vez por este lugar. Hay cosas que me parecen conocidas.

Sí, tiene que serme conocido esto. Por eso estoy aquí...

Lectulandia

Donald Curtis

Morbo

Bolsilibros: Punto Rojo - 3

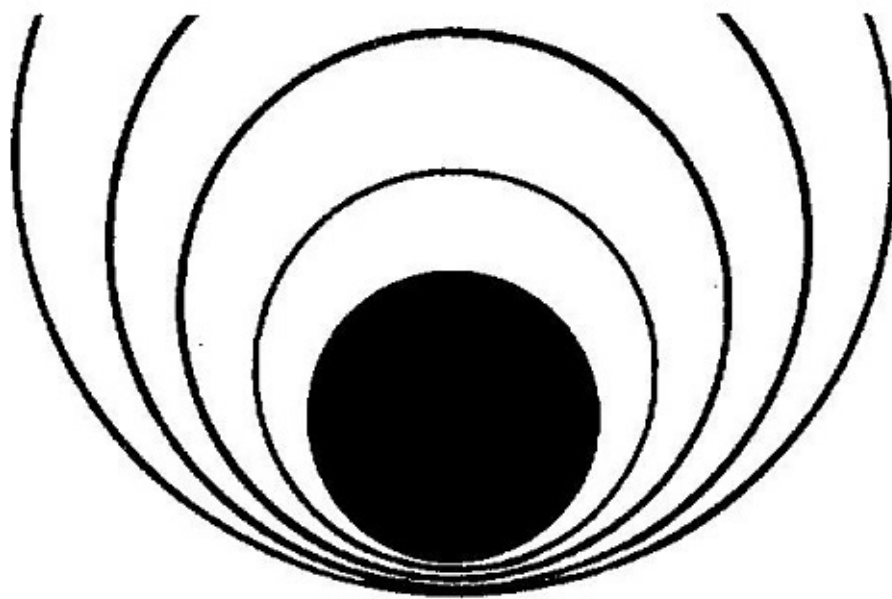
ePub r1.0

xico_weno 12.09.15

Título original: *Morbo*
Donald Curtis, 1962

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



PUNTO ROJO

PRÓLOGO

Está lloviendo.

Llueve mucho. Puedo contemplarme en el asfalto, negro y espejeante. Y en los charcos. Hay muchos charcos. Negros y redondos. Parecen insondables. Pero mis pies chapotean en ellos, tocan el asfalto bajo el agua de lluvia.

Me he detenido en el bordillo de la acera. Un automóvil, al pasar me salpica de agua los pantalones. Va demasiado de prisa, y demasiado pegado al bordillo. Le he dicho algo, no sé el qué. Pero él ha seguido adelante, indiferente a todo, hendiendo las cortinas de lluvia con su proa reluciente.

Y me he vuelto a quedar solo en la calle. Es una calle larga y amplia. Una calle por la que no transita nadie. Solamente yo...

Creo que no conozco esta calle. O tal vez la conozca, no sé. La mente está tan confusa... Sería difícil decir si he pasado antes alguna vez por este lugar. Hay cosas que me parecen conocidas.

Sí, *tiene* que serme conocido esto. Por eso estoy aquí.

Claro... Soy un tonto. Me había olvidado de *ella*. Ella vive aquí. En la casa de fachada roja. Ladrillos rojos. Tejado gris, de pizarra. Una de esas viejas casas, de las que no quedan ya muchas en San Francisco.

Allí está la casa. Justamente al final de la calle, pasando esa manzana. Ya llego. Si incluso tengo la dirección aquí, en mi bolsillo...

Oh, claro. Sigo siendo un tonto. Olvidé por complete el librito de cerillas del Club.

Lo he sacado ya. Lo estoy leyendo. En la solapa está escrito. Tinta verde, muy fluida. Tan fluida, que se emborrna con el agua. Protejo el librito con la mano.

Sí, está ahí, encima de las tres cabezas rojas de las cerillas que aún quedan en el librito:

MARCIA ATKINS 347,

Rincon Road - Hill Village.

Oh, mis manos están torpes. Me ha caído el librito a ese charco. Se está empapando. Pero es igual. No necesito fósforos. Ni la dirección. Ya la recuerdo. Además, estoy justamente ante la puerta de la cerca. Detrás, veo el jardín. Oscuro y brillante, como todo lo que lava la lluvia.

Empujo la puerta. Está abierta. Marcia debe de ser una chica confiada. De noche es peligroso dejar las puertas abiertas.

Cruzo el jardín. Tiene tierra rojiza, de color de arcilla. El barro parece sangre.

Sangre...

¿Por qué se me ha ocurrido esa idea precisamente? No es una idea agradable.

Ya he llegado a los escalones de la entrada. Son cuatro. Los subo. El porche es

como la casa. Antiguo y acogedor. Hay una mecedora en un rincón. Hace un especial chirrido al moverla el aire. Como un ataúd que se cierra...

Un ataúd...

No, tampoco esa idea me gusta. Debo olvidar las cosas semejantes a ésa. Recuerdan a la Muerte... Claro que la muerte es fascinante. Tiene algo que atrae...

¿Qué es lo que estoy pensando ahora? Es raro... No puedo controlar mis pensamientos. Es..., es como si mi mente se rebelara contra mí mismo...

He entrado en la casa. ¿Cómo? No sé, no recuerdo apenas... Tal vez con una llave. No sé si la llevaba yo, o si estaba puesta... Quizá ni siquiera había llave. Marcia Atkins es muy confiada. Todas las puertas abiertas... sola en la casa, de noche...

¿Sola? ¿Por qué sé que ella está sola? Alguien me lo diría, claro. Quizá ella misma. Sí, es probable que fuera eso.

La escalera no es muy larga. Tiene dos tramos de unos ocho o diez escalones cada uno. Arriba debe de estar Marcia. Yo subo. Subo...

Estoy en el corredor. Avanzo. Hay una puerta al fondo. Una puerta abierta, por la que sale la luz. Me acerco, me acerco...

Ya he llegado. Estoy parado en el umbral. La miro.

Ella está vuelta de espaldas a mí. Acaba de despojarse de su blusa. Va a por el pijama de seda verde. Es hermosa. Muy hermosa.

Su cabello tiene el color de la fresa. Rojo, muy rojo. Como el barro del jardín, como la sangre... Le golpea las espaldas desnudas, casi hasta su *short* de seda verde, complemento del pijama. Las chinelas, de tacón alto, que tanto embellecen sus bronceadas piernas, son igualmente verdes. A Marcia le gusta el verde.

Ha tomado la chaqueta del pijama. Va a ponérsela cuando me ve. Abre enormemente sus ojos. Va a gritar. Sus labios carnosos rojos y sensuales, se abren para lanzar un grito. Ni siquiera se tapa con el pijama.

Le ha costado reconocermé, sin duda. Pero antes de gritar, me ha conocido. Ya no chillará. Incluso va a iniciar una sonrisa.

—¡Cliff! —Su voz es suave, susurrante, como la seda verde de su tenue pijama. Ya se lo ha puesto, pero el resultado es el mismo que si no lo llevara—. Cliff, ¿por qué has venido... y tan sigiloso?

—Por ti, Marcia —respondo yo. Mi voz me parece muy lejana. Lejanísima. Pero soy yo quien habla. Ya avanzo hacia ella. Estoy llegando. Piso la alfombra. Es verde también—. He venido por ti...

Ella sonrío ya abiertamente. Me mira. Son insinuantes sus ojos. Empieza a tenderme sus brazos.

Yo saco las manos de los bolsillos de mi sobretodo. Ella aún me mira a los ojos.

—Cliff, si es así, no debiste esperar tanto..., ni subir sin avisarme. Te dije una vez que siempre serías bien recibido a mi casa, ¿recuerdas?

He asentido. Ya estoy ante ella, nos rozamos ambos. Huelo su perfume, intenso y

con un aroma a gardenias. También me llega el calor de su piel bronceada.

Ahora sí. Ha mirado hacia mis manos. Se ha quedado rígida. Está mirando mi mano. Mi mano derecha...

Va a gritar. Lo sé. Vuelve a abrir los ojos con terror, va a retroceder, en cuanto el miedo se lo permita...

No puedo dejarla gritar. No debo hacerlo. Es el momento...

Levanto mi mano derecha. Muy rápidamente.

La luz, de verde pantalla, hace centellear las tijeras...

* * *

A pesar de lo rápido y seguro que he sido ella ha gritado.

Pero el grito murió pronto.

Y ella también...

CAPÍTULO PRIMERO

—Cliff ¿te encuentras mejor?

—¿Mejor? —Cliff Stevens parpadeó, incorporándose en el lecho—. ¿Qué mil diablos dices?

—Te has pasado la noche agitándote y gruñendo cosas entre dientes —sonrió Dave Wilburn—. Debió de ser un sueño muy malo el que tenías. Me levanté a tomarte el pulso y comprobar si estabas bien. La piel te ardía. Estibas febril, y me asusté. Pero luego parece ser que descargaste mejor. Me quedé tranquilo y apagué la luz, volviendo a dormir.

—Es posible que estuviera mal —asintió Cliff. Se tocó las sienes—. Tengo dolor de cabeza, Dave. Y bastante fuerte.

—¿Bebiste demasiado anoche, Cliff? —le preguntó Dave, con aire de reproche burlón, mientras se apartaba del lecho para tomar su corbata.

—¡Oh, no! Anoche no. Me porté como un buen chico. Cuando terminé de tocar cerré el piano y me largué. No eran las dos cuando me metía en la cama. Tú estabas dormido.

—Entonces algo te habrá hecho daño. Llegaste a inquietarme.

—¿Ocurrió muy tarde?

—Miré el despertador cuando me levanté a ver lo que te pasaba. Eran las cuatro y media. No sé si antes soñaste también, pero si fue así y lo hiciste tan agitadamente, yo no me enteré.

Estaba anudándose la corbata ante el espejo. Cliff Stevens bostezó, estirándose perezosamente. Miró el reloj, después de comprobar que la luz del día era gris y triste.

—¡Las once! —masculló, irguiéndose—. Es muy tarde, Dave. ¿No vas hoy al trabajo?

—Cielos, sin duda sigues dormido —rió Dave—. ¿No sabes que es domingo?

—¡Oh, es verdad! —Gimió, dejándose caer de nuevo en el lecho—. Me sorprendía que no madrugase el señor Wilburn, siempre puntual y metódico.

—Para ti, un domingo debe de ser un día como otro cualquiera. Trabajas igual. Pero cuando dejes de ser músico ratonero, descubrirás que es hermoso tener un día de fiesta.

—Descanso un día a la semana, por si lo olvidas.

—Sí, ¿y qué día? El miércoles. —Torció el gesto Dave, con una risita—. Es ilógico, Cliff. El domingo es el día que se hizo para descansar, para vivir sin preocupaciones.

—¿Te olvidas de que precisamente para que vivan esos que como tú, no tienen preocupaciones en domingo, estamos nosotros? —rezongó Cliff.

—Es cierto. Recibe mis excusas. Derrotado, con mis propias armas.

Cliff le miró, ceñudo. El dolor de cabeza era muy fuerte. En los últimos días

había tenido jaquecas y dolores similares con bastante frecuencia. Tomó una aspirina de la mesilla, y la tragó con un sorbo de agua. Se dijo que tendría que ir al médico.

—¿Tienes idea de lo que soñé? —inquirió de pronto, mientras Dave se ponía la chaqueta.

—Ni la más mínima. Hablabas cosas ininteligibles. Como suele ocurrir en los sueños. Yo que tú no me preocuparía demasiado, la verdad. Los sueños... no son sino eso: sueños. Y si ni siquiera recuerdas si era una pesadilla o no, mejor aún.

—Es que... no sé, pero algo me danza por la cabeza —rezongó—. Sólo que no logro darle forma. Pero no era un sueño agradable...

—Entonces, olvídalo definitivamente. —Alegre, como siempre, Dave Wilburn se encaminó a la salida de la habitación que ocupaban ambos amigos en la pensión—. Si uno quiere preocuparse por los sueños, será mejor hacerlo por aquéllos en los que nos vemos ya en triunfo, dejando atrás todo esto de hoy...

Y con un ademán, abarcó la habitación, sus muebles vulgares, y hasta su propio bolsillo, cuyo forro extrajo con gesto pesimista.

—Si necesitas algo... Creo que tendré aún algún dinero, aunque no mucho. Después de pagar a la señora Kenyon, no soy precisamente un millonario.

—Ni yo, Cliff. Pero no te preocupes, gracias. Algo quedará para gastar hoy con la chica.

—¿Helen otra vez? —rió Cliff.

—¡Oh, claro! Ahora, siempre Helen. Es una chica encantadora. Y muy inteligente. Vamos a ir a «Fisherman's» esta tarde. Nos han hablado de un tipo que alquila canoas a motor bastante baratas. Nos divertiremos, seguro.

—Cuidado, no acabes casándote.

—Espero que no. —La risa de Dave se hizo contagiosa—. ¿Y tú? ¿En qué piensas para elegir chica?

—¿Yo? —Por un momento, Cliff pareció no saber qué decir. Parpadeó. En sus pupilas, oscuras y vivas, centelleó una luz enigmática—. No sé. Nunca tuve suerte con las chicas cuando era un adolescente.

—Eso sería entonces. Pero ahora eres un muchacho arrogante y bien parecido. Seguro que tienes éxito entre las damas.

Puede ser, pero lo de entonces deja su huella. Me hice tímido en ese terreno.

—Tímido, ¿eh? —Dave le guiñó un ojo, burlonamente—. Eso me recuerda algo. En sueños, pronunciaste un nombre. Era un nombre de mujer.

—¿Sí? ¿Cuál?

Rápido, Cliff giró la cabeza hacia su compañero de alojamiento.

—Espera que recuerde... —Dave frunció el ceño. Tras una vacilación, añadió—: Sí, era Marcia. Eso es: Marcia... No es un nombre muy vulgar.

—Marcia... —Cliff inclinó la cabeza. Algo, un recuerdo dormido, se estremeció en el fondo de su mente. Por unos instantes, sintió miedo. Era absurdo, pero tuvo miedo. Y no sabía siquiera de qué. Añadió con voz ronca—: Sería Marcia Atkins...

Trabaja en el club donde yo actúo.

—¿Bonita?

—Sí. Más que bonita, es provocativa. Sí, provoca a los hombres, ¿entiendes?

—Claro. Eso lo entiende cualquiera. Pues ten cuidado con esa Marcia, porque al parecer, si bien no te quita el sueño, te acompaña en él. Y no sé qué es peor...

Agitó su mano, riendo, y avanzó hacia la puerta. Una vez en ella, se detuvo. Volvióse hacia Cliff desde allí, y añadió:

¡Oh, a propósito! ¿Ni siquiera te despertó anoche el nuevo vecino de al lado?

Y señalaba a la estancia inmediata, de la que les separaba el muro donde colgaba un horrible cuadro litografiado, con una cacería puramente británica, cuyo color y composición estremecían el sentido artístico de Cliff.

—¿Vecino? No... —Miró sorprendido a Dave Wilburn—. ¿Quién es?

—Ya puedes suponerlo. Otro infortunado como nosotros. La señora Kenyon me dijo que era un ilusionista de circo o algo parecido. De esos que sugestionan y hacen ver lo que no es... Bueno Cliff, hasta luego.

—Adiós, Dave. Y buena travesía con tu dama.

Cuando se quedó solo, volvió a oprimirse las sienes con sus dedos. El dolor, a veces, era insoportable. Llegaba a producirle unos zumbidos molestos, irritantes.

Marcia...

Se sobresaltó. ¿Por qué pensaba en Marcia? ¿Por qué le asustó que Dave Wilburn la mencionase? Al parecer, «Marcia» era la única palabra que su compañero, el oficinista pueblerino llegado, como él, a la ciudad, en busca de mejores horizontes, había logrado captar en su pesadilla.

¿Por qué le tranquilizaba esa idea? ¿Por qué había de temer que hablase en sueños de otras cosas? Lo único que Marcia Atkins podía despertar en cualquier hombre, resultaba tan viejo como el mundo. No se asusta uno de cosas así.

Y, sin embargo, él... *él tenía miedo.*

Lo advertía. Era una sensación casi física. Acaso eso era también parte de su propia timidez ante las mujeres. La misma timidez que le hacía inclinarse sobre el teclado, en la sala del club nocturno, rehuyendo encontrarse con los ojos de las hermosas damas que se clavaban en él cuando actuaba como solista. La misma timidez que le impedía enfrentarse con los profundos y malévolos escotes de las lujosas *soirées*, con la sonrisa de cualquier visitante del sexo opuesto que fuera a pedirle una determinada pieza o a felicitarle por su interpretación.

Se encogió de hombros. Todo provenía de eso, era evidente. Hubiera preferida recordar su sueño, saber por qué pronunció durante él aquel nombre, el de Marcia. Pero era inútil. Como si un denso velo se interpusiera entre él y la extraña dimensión del onirismo...

* * *

Los domingos no eran divertidos para un músico. Como no lo son para un actor o un policía de servicio. Es un festivo que para un puñado de mortales, auténticas excepciones, aún dentro de una urbe inmensa como San Francisco, suponía un día laborable más. Pero un día sumamente aburrido, con escaso tráfico, contados peatones, comercios cerrados y aire cansado en la ciudad, igual que si un enorme monstruo de cemento, hierro, cristal y ladrillo, estuviera durmiendo su siesta.

Cliff Stevens cruzó Market Street, una vía convertida ahora en amplia ruta casi desierta. Y lo que resultaba más extraño, semisilenciosa. Hasta la máquina tocadiscos del «Dolores Snack», estaba apagada. Los mozalbetes en *blue jeans* y camisa negra, no pululaban en tomo echando níqueles para escuchar a sus predilectos del «rock».

Llegó al «Yerba Buena». Allí acostumbraba a tomar su cóctel o su aperitivo. A veces podía ser un café. A Cliff le gustaba el café. Pidió uno esta vez al morenito *barman* del «Yerba Buena». Una chica, cruzada de piernas, se empolvaba en una mesa arrinconada. Eran los únicos clientes. Ella y él.

Cliff la miró. Ella taconeaba en el suelo, siguiendo el ritmo de «The green leaves of Summer», en la radio del bar. Al ver que la miraba, dejó de empolvase y acentuó la posición de sus piernas cruzadas. El resultado fue un ascenso de varias pulgadas de su falda sobre el nylon color humo.

Desvió Cliff la mirada. Porgy le había servido ya su café. Cliff le sonrió forzosamente y sorbió su café. Advirtió, casi sin quererlo, que el negrito de la barra miraba a la chica situada detrás de él. Y denegaba con la cabeza. No se volvió. Poco después, ella se levantaba. Oyó el taconeo rápido. Pasó por su lado. Dejó un efluvio intenso a flores. ¿Gardenias? No, no... Era un aroma de violetas. La puerta del bar se cerró tras la mujer.

¿Por qué le había asustado el recuerdo de un olor a gardenias? No, a gardenias, no...

Otra vez esa maldita idea. ¿Por qué? ¿Por qué?

Resultaba extraño que asociara las gardenias a algo que le inquietaba, a algo que le producía un ilógico, subconsciente, terror. Casi ni escuchaba las palabras de Porgy, el *barman* de color.

—Una chica guapa, ¿eh, señor? Claro que hay a quienes no les gusta esa clase de chicas...

Cliff asintió sin hacerle mucho caso. Clavó los ojos en el morenito, que aún miraba a la mujer, como mareado. Luego, comentó entre dientes:

—¿Por qué no cambias la radio, Porgy? Me gustaría oír música más alegre.

—Claro, señor —se apresuró a asentir el negrito.

Se dispuso a hacer el cambio. Pero ocurrió algo. Se había detenido la música. Y un locutor empezó a hablar:

—«Señoras y señores, en nuestro habitual boletín de cada hora, pocas noticias hay hoy, domingo. Únicamente la actualidad del hallazgo de la mujer asesinada, en su

vivienda de Rincón Road, da nuevos temas para nuestras noticias habituales. Según nos informan, la mujer brutalmente atacada con unas tijeras, se llamaba Marcia Atkins, y era artista de «*music-hall*». El crimen, cometido esta madrugada, está siendo investigado a fondo y se esperan nuevos progresos policiales en las próximas horas».

—¡Hum! ¿Oyó eso? —comentó Porgy, girando ahora el dial en busca de otra emisora—. A esa pobre chica la destrozaron. Hay muchos maniáticos por ahí que...

Se volvió. Pero interrumpió su charla. Era inútil hablar. La puerta se cerraba ya, tras de su cliente. El café estaba intacto. Y junto a él, una moneda.

Fuera, en la calle, volvía a lloviznar. Cliff Stevens se perdió bajo la lluvia.

Porgy, encogiéndose de hombros, recogió el servicio y tiró el café en la pila.

—Hay gente que ni se preocupa por los crímenes —comentó, indiferente—. Parece mentira que un tema tan interesante no les atraiga...

Y volvió a girar el dial de la radio. Pero el boletín de noticias había terminado.

Ahora, quizá como una fantástica casualidad que poca gente apreciaría, giraba en la emisora una grabación de *La pobre muchacha del pelo rojo*...

CAPÍTULO II

Las manos dieron el golpe final sobre el teclado. Las mágicas piezas marfileñas de blanco y negro se inmovilizaron. Se perdieron los últimos acordes de «Te amaré».

—Diablo, esto ha parecido más corto que nunca... —dijo el batería.

Era verdad. Cliff Stevens no se molestó en decirle que había cortado casi la mitad de su «solo» de piano. Se encaminó a la puerta de acceso a los camerinos, sin dar explicaciones.

Poco antes había visto a los dos hombres de sobretodo marrón, hablando con el gerente del club, no lejos del mostrador destinado a las bebidas. No costaba mucho trabajo imaginarse quiénes eran los visitantes. Y tampoco qué tema trataban en esos momentos.

No se hablaba de otra cosa en el local. El nombre de Marcia Atkins estaba en todos los labios. A veces, detalles espeluznantes llegaban a los oídos de Cliff. No preguntó ni comentó nada.

Se metió en el camerino. Cerró tras sí. Rebuscó dentro de un armario y extrajo un frasco de licor. No le gustaba mucho beber. Pero aquel día lo necesitaba. Ni siquiera sabía por qué. Sólo estaba seguro de que precisaba beber.

Una o dos veces había tratado de pensar. Pero, horrorizado, rechazó la idea. No, no era agradable pensar en eso. Nunca es agradable que uno haya soñado con una chica. Y que a la misma hora, esa chica esté muerta, asesinada con unas tijeras... Caída sobre una alfombra verde, bañada en sangre.

Se estremeció. Notó que su piel se quedaba fría y empezaba a rezumar una transpiración helada y pegajosa. Casi le resbaló el frasco de licor de las húmedas manos.

¿Por qué había pensado en *una alfombra verde*?

Era extraño. Como si de las brumas de su sueño emergiera una visión relativamente clara... Unos ojos dilatados, una boca que se abría, en un grito roto por una súbita mancha roja que todo lo cubría.

—Dios mío... —jadeó. Depositó el frasco sobre la mesa. Apoyó la frente sudorosa entre sus manos. Y repitió, como si eso pudiera aliviarle—: Dios mío...

—¿Qué te ocurre, Cliff?

Alzó la cabeza, sobresaltado. Tal vez excesivamente sobresaltado. Se quedó mirando fijamente al recién llegado, que entrara en el camerino sin llamar ni hacer ruido alguno.

Era Gordon Wickers, el batería. Con su pelo muy rubio, su cara larga y afilada, su nariz casi cómica, y sus ojos pequeños y agudos, tras las gruesas gafas. Iba en mangas de camisa. Se estaba anudando una corbata chillona, de dibujos vanguardistas en azul, rojo, verde y negro. Gordon Wickers era locuaz y quería resultar agradable. Pero rara vez lo conseguía.

—No me ocurre nada —respondió de mala gana Stevens—. Creo... creo que

tengo sueño.

—¿Has dormido mal? —se interesó Wickers.

—No. —Casi le salió violenta la negativa. Wickers pareció extrañado de la feroz energía puesta por Cliff en el monosílabo. Y éste se creyó obligado a suavizar algo su expresión—: No, Gordon, siempre duermo perfectamente. Tal vez..., tal vez no me siento bien.

—Lo comprendo, Cliff. Seguramente será por lo de esa chica, Marcia.

Iba a negar Cliff otra vez. Pero se detuvo, apretando los labios. Encogióse de hombros y dijo indiferente:

—Tal vez...

—Pobre Marcia —suspiró Gordon Wickers—. He hablado con los policías, ¿sabes?

—¡Oh, sí! A ti siempre te gusta enterarte de todo, ¿no?

—Es que lo de esa pobre chica ha sido espantoso, Cliff. Uno tiene que ser de piedra para no sentir horror de que ocurran cosas así. Ayer estaba aquí, llena de vida, y hoy es sólo un cadáver, alguien que fue. Todo porque un criminal morboso entró en su casa por la noche y le clavó unas tijeras en el seno... Dice la policía que la encontraron allí, sobre la alfombra... y la casa llena de pisadas embarradas, pisadas de un hombre. Dicen que cuando encuentren los zapatos del criminal y las tijeras con que se cometió el crimen, habrán dado un gran paso en la búsqueda del culpable.

—¿Y por qué la mataron. Gordon? ¿Para robarla?

—La policía cree que es la obra de un maniático, de un sádico o cosa parecida.

—Es horrible...

—Sí, horrible, Cliff. A mí me gustaba la chica, era una buena muchacha. Y muy atractiva.

—Oh, ahora recuerdo —asintió Stevens, mirando al batería—. Creo que la cortejabas y ella te mandó al diablo, ¿no?

—Cuidado, Cliff. —Gravemente, Wickers reflejó la poca gracia que le hacía el comentario—. No digas eso por ahí. Alguien podría interpretarlo mal.

—¿Mal? ¿Por qué? —Se sorprendió Cliff.

—El que mató a Marcia podía ser un individuo despechado o cosa así, ¿no lo entiendes?

—Ya veo. No se me ocurrió eso, Wickers.

—Pero a la policía podría ocurrírsele, y me meterían en líos.

—No lo creo, la verdad. No logro imaginarte con unas tijeras atacando a nadie.

—A veces el más inofensivo puede matar, Cliff —dijo sordamente Gordon—. Sobre todo si cuando mata es un anormal. Incluso tú o yo podríamos matar, amigo mío.

—¿Yo? —Cliff soltó una seca carcajada. Sin saber por qué, le sonó a falsa. Y le estaban temblando las manos, además—. Es ridículo, Gordon.

—¿Por qué ha de serlo? Eres un solterón, como yo. Los tipos así son los que

matan a las chicas como Marcia. Ya sé que, según todas las muestras, tu caso es lo contrario del mío. La chica andaba loca por ti. Y tú no la hacías caso. Pero hasta una cosa así puede ser un indicio patológico acusador para la policía.

—¿Tanto sabes de patología, Gordon? —Observó fríamente Cliff—. También eso es peligroso decirlo en voz alta. No me gustaría que la policía empezara a fijarse en todos nosotros como presuntos asesinos. Además...

Se detuvo de súbito, con un escalofrío. Acababa de tomar su frasco de licor para tomar un trago; y al hacer el movimiento, descubrió a través del espejo de su tocador al hombre parado en el umbral del camerino.

Enmudeció, sintió vacilar su mano, y el frasco rodó al suelo, quebrándose sobre el linóleo. El *whisky* se extendió en un charco de fuerte olor a alcohol.

—¿Quién es usted? —preguntó abruptamente, volviéndose en redondo.

Gordon, sobresaltado, también giró el cuerpo y la cabeza, contemplando con alarma al individuo de cabello gris, rostro atezado, de expresión benigna en los ojos azules y recto abrigo negro.

—Perdonen si les he alarmado —sonrió el hombre. Su voz era suave, afable y de profunda entonación—. Se dejaron la puerta abierta, me asomé, y como hablaban de temas tan interesantes para mí, apenas si me di cuenta de que les escuchaba de un modo algo impertinente.

—Pero ¿quién diablos es usted? —gruñó Gordon.

—Teniente Brent, Spencer Brent, de la Brigada de Homicidios —se presentó suavemente el recién llegado—. Investigo el asesinato de Marcia Atkins. Ella trabajaba aquí, ¿no?

—Pues sí, teniente —fue Cliff quien habló, recuperando la calma.

—¿Qué hacía?

—Bailaba un poco, cantaba otro poco... Nada del otro mundo. Pero era bonita.

—Ya. ¿Bebía con los clientes en las mesas?

—Eso lo hacen todas —observó Gordon.

—A mí me interesa Marcia Atkins, no esas «todas» —sonrió el teniente Brent—. Pero su respuesta me sirve. ¿Era una chica fácil?

—No, no lo era. El ser amable con los clientes formaba parte de su trabajo. Pero nada más.

—Entiendo. —Había clavado sus ojos en Cliff. Luego miró el frasco roto en el suelo—. Se ha quedado usted sin *whisky*, señor...

Asintió Cliff. Era un silencio violento aquél. Los agudos ojos azules del policía no se apartaban de él. Parecían quererle perforar. Cliff se preguntó si no lo estaría haciendo en realidad. Y sintió miedo. Miedo de que llegaran a los recovecos más hondos de su cerebro, allí donde *algo* se agazapaba, se enroscaba como un reptil maligno...

—Me sobresaltó su presencia —dijo Stevens, algo forzado.

—Ocurre a veces —asintió el teniente Brent—. Si se está hablando de crímenes,

de asesinos y de sospechas...

—¿Sospechas? ¡Oh, no! —Se apresuró a saltar Gordon Wickers, haciendo subir y bajar su abultada nuez, al tragar saliva con dificultad—. Simplemente, hablábamos de... de tonterías.

—No, no eran tonterías —sonrió el policía—. Éste es un caso en el que muy bien el responsable pudiera ser un caso patológico como el que usted indicaba... o un amante defraudado, como sugería el señor Stevens.

—¿Pretende acusarnos, teniente? —Se irritó Cliff, irguiendo la cabeza.

—¡Oh, no, no, por Dios! —Rió entre dientes el policía—. Hablaba con ustedes amistosamente, sugería posibilidades... y nada más. Ustedes conocieron a Marcia Atkins. Es lo único que me ha interesado de ustedes. Hablaremos de ella, si les parece. Llegando a conocer a esa chica, a través de los que la conocieron más directamente, es indudable que tendré más facilidad de llegar, de algún modo, al fondo de la cuestión. Que es, por supuesto, el nombre del culpable.

—Muy bien —suspiró Cliff, roncamente—. Hablemos de ella. No tenemos nada que ver en este asunto, teniente. Le ayudaremos gustosamente a conocer la verdad.

—Claro. Opino como Cliff, teniente —corroboró Wickers.

Pero ninguno de ellos miró al otro. Parecía como si no estuvieran realmente convencidos de lo que decían. El teniente Brent no dio la impresión de darse cuenta de esto.

* * *

Abrió la puerta. Entró cansada, lentamente, en la estancia.

Ni siquiera había tomado sus habituales hamburguesas, en el puesto de Mack, al salir del club nocturno. No tenía apetito.

Miró el lecho de Dave, tras la cortina de separación, de alegres cretonas, en el umbral de la arcada sin puertas que separaba un dormitorio de otro. Estaba aún vacío, impecable. Era raro que Dave no hubiese vuelto aún.

Sentóse, desalentado, en el borde de su propia cama. Todavía danzaban en su mente las palabras del teniente Brent explicando aspectos del caso que el público aún no conocía:

—«Después del corto grito de Marcia Atkins, al morir, el ocupante de un chalet vecino que no lograba dormir a causa de la lluvia, se asomó a su ventana. Vio huir a un hombre. Parecía joven y alto. Pero llovía tanto que le fue imposible verlo con claridad. Sólo sabía que era muy ágil, que llevaba un sobretodo negro, brillante, y un sombrero oscuro inclinado sobre el rostro. Parecía ir enguantado, pero de eso no estaba seguro».

Luego, Brent había añadido:

—«Las huellas corresponden a unos zapatos con suelas de goma, estriadas, y un defecto en el tacón derecho, en su borde interior. Dejó pisadas por toda la casa.

Huellas embarradas, fáciles de encontrar. Sabemos el número y horma. Debe ser un zapato fuerte, de hechura algo tosca. Con todos esos datos, no será difícil encontrar al hombre... Mucho menos de lo que él cree...».

Mucho menos de lo que él cree... Y lo había dicho con una extraña sonrisa. Bien. ¿Qué podía importarle a él todo eso? No tenía la menor relación con Marcia Atkins, ni con el crimen de aquella noche lluviosa, en el chalet de Rincón Road, ni con el ataque feroz de unas manos asesinas, contra una mujer en *deshabillé*, desangrándose en la alfombra verde...

Se estremeció. Otra vez aquello. ¿Por qué había de ser *verde*, precisamente, la alfombra de Marcia? ¿Por qué pensaba que ella vestía ropas interiores? ¿Por qué siquiera su mente relacionaba el crimen con una alcoba? No sabía dónde se cometió el crimen, dentro de la casa. O, por lo menos, NO TENÍA PORQUE SABERLO...

Incorporóse, sobresaltado. Miró hacia la puerta. Por un momento, había creído que alguien hurgaba en ella. Pero, no. No era eso. Simplemente, alguien había pasado ante la puerta. Sonó una llave en la estancia inmediata. Recordó lo que le dijera Dave por la mañana. Tenían un nuevo vecino, un artista de circo...

Respiró hondo. Era incomprendible que todo cuanto sucedía ahora le sobresaltase. Era como... como sentir miedo de *algo*. O de *alguien*. Y él jamás tuvo miedo, en ningún momento de su vida temió cosa alguna. Ni siquiera cuando se quedó tantos días sin comer en San Francisco, esperando pacientemente un contrato, un trabajo salvador, con veinticinco centavos en el bolsillo y el estómago totalmente vacío.

¿Por qué había de ser diferente ahora? Él no podía ser sospechoso de nada. Había trabajado igual que cada noche. Luego, fue a tomar los hamburgueses, se encaminó a casa, se acostó... Dave era testigo. Incluso recordaba que había soñado.

Otra vez el sudor frío. *Había soñado...* Se noto las palmas de las manos empapadas y viscosas. ¿Qué había soñado?

No podía recordarlo. ¿O no *quería* recordar? Dicen que el subconsciente se niega a abrirse del todo, cuando el consciente teme, y rechaza lo temido, hasta sepultarlo en la oscuridad del olvido.

Sin embargo, sabía que había una alfombra verde en sus sueños... Y quizá unas tijeras, y una mujer en *deshabillé*... Y lluvia, mucha lluvia...

Rápidamente, se inclinó. Quitóse el zapato derecho. Sonrió con un suspiro de alivio. Era inocente, pueril... Sus zapatos eran de suela, lisos. Los tacones estaban casi nuevos. Sin desgastes ni defectos. No tenía impermeable negro alguno. Ni usaba sombrero. Todo, absolutamente todo, era pueril.

Cierto que una vez tuvo impermeable negro. Y sombrero oscuro, y zapatos fuertes. Pero había tirado todas esas prendas cuando pudo adquirir otras mejores, con sus primeros sueldos en la orquestina del club nocturno.

¿U tal vez no llegó a tirarlos? La nueva idea le martilleó de pronto, como un puñetazo a traición. No, era absurdo. ¿Para qué quería unas prendas viejas?

Miró el armario, al fondo de la habitación. Guardaba allí su vieja maleta. Y en

ella sus cosas. Ya, ni siquiera estaba seguro de lo que había dentro de la maleta. Cosas en desuso, desde luego. Y otras nuevas, que no quería utilizar a diario.

No supo por qué se levantaba del lecho, por qué cruzó la estancia con lentos pasos, por qué se inclinó hacia el armario, lo abrió y rebuscó en su interior, hasta sacar la maleta.

La tiró sobre la cama. Era de piel marrón, gastada y rozada en muchos sitios. Con etiquetas de varios hoteles. Eso le hizo reír mentalmente. Sólo él sabía lo que le costó reunir esas etiquetas, pegarlas en la maleta y decir después que era cierto. Que había residido en el «California» de Los Angeles, en el «Beverly» de Hollywood o en el «Hotel Plaza», de la famosa Union Square de Frisco.

Extrajo su llave plana, la introdujo en la cerradura. Abrió la maleta. Empujó los dos cierres laterales. La maleta quedó abierta.

Encima, la bandeja con calcetines, camisas, cepillo, peines, unos recuerdos de México y algunas chucherías más. Debajo, estaría su traje de repuesto. El único que tenía, aparte del que llevaba puesto. Era todo su equipo. Todos sus bienes en el mundo.

Apartó la bandeja. Allí estaba el traje. Ocupaba mucho sitio. Nunca había advertido que abultara tanto. Posiblemente la última vez lo dobló mal. Sí, debía de ser eso.

Alzó el pantalón, la americana...

Lo vio en seguida. Allí estaba. El impermeable negro todavía mojado. El sombrero oscuro, arrugado y húmedo. Unos zapatos fuertes, de piel recia, suelas de goma... y el tacón derecho desnivelado en su borde interior. Manchados de barro...

De barro... Y DE SANGRE. Lo mismo que el impermeable negro y los guantes de piel oscura arrebujados en un rincón de la maleta.

CAPÍTULO III

Súbitamente, de un solo golpe, la verdad salto ante él. Vivísima, deslumbradora. Su mente lo evocó todo. *Todo...*

El avance por la calle..., el chalet al final de Rincón Road..., la lluvia..., el jardín, las puertas abiertas... La escalera, el corredor, la alcoba... Marcia, desvestiéndose, volviéndose hacia él..., sonriéndole, confiada, insinuante.

Y luego...

Luego... *¡la muerte!* La muerte para Marcia Atkins.

El espejo del armario abierto, le devolvió una imagen lívida, irreconocible, de sí mismo. La imagen de un hombre estremecido por el terror, por la angustia de su espantoso descubrimiento.

No había sido un sueño. *Nunca soñó aquello.*

Él, Cliff Stevens, era el asesino, el morboso criminal que, pudiendo hallar el afecto de Marcia, la había preferido así. Muerta, con unas tijeras clavadas en su pecho.

¿Por qué? ¿Por qué?

Tal vez, ni siquiera exista un porqué. Un loco mata por matar. Un desequilibrado descarga el golpe homicida sin detenerse a pensar la razón de su acto. Y si él mató a Marcia Atkins, él era un enfermo mental, un demente...

Extendió las manos, aferrando el impermeable negro. Era el suyo, el de antes... No lo había tirado. Lo dejó allí, con todo lo demás. Ni siquiera después de matar habíase desprendido de ello.

Al levantar el impermeable entre sus dedos, algo cayó del bolsillo externo del mismo. Golpeó sordamente sobre los zapatos embarrados. Como fascinado, Cliff contempló el objeto reluciente, apagado a medias por manchas oscuras, de un rojo oscuro y sucio.

UNAS TIJERAS LARGAS Y AFILADAS DE AGUDÍSIMAS PUNTAS...

En aquel momento, la puerta de la habitación se abrió, a espaldas suyas. Rápido, con un gemido ronco y crispado, Cliff Stevens se volvió en redondo.

Enfrentóse, mortalmente pálido, con el hombre que aparecía en el umbral de su habitación, mirando fijamente el negro impermeable y las brillantes tijeras...

* * *

—¡Oh, perdone! Creo que me he equivocado de habitación.

El hombre se expresaba en un inglés correcto, pero con acento levemente extranjero. Las «erres» eran muy duras, y el tono algo abrupto. Su faz, ancha y leonina, aparecía enmarcada por una melena blanca, abundante y larga, que le daba un aspecto raro. Vestía un traje oscuro y una camisa negra, abotonada de blanco, sin corbata. Sus ojos, grandes y fulgurantes, eran de un tono oscuro y profundo,

realmente fascinantes.

—¿Quién es usted? —preguntó Cliff, dominándose, con voz quebrada.

—Su vecino, señor. Mi nombre es *Magnus*. *Magnus*, «El Dominador», para mi público. Le niego perdone esta intromisión. Me dirigía a mi alcoba, que es la inmediata. He llegado hace un momento, fui a buscar fósforos a la cocina de la señora Kenyon, y al volver... equivoqué la puerta. Claro que si hubiera estado cerrada con pestillo o llave, esto no hubiera sucedido, señor. Sin embargo, admito mi culpa y le suplico me excuse.

—Está excusado —jadeó Cliff, cerrando de un empujón la maleta. Procuró mantener la serenidad—. Después de todo, también es culpa mía. Debí cerrar, tal como usted ha dicho.

—Gracias, señor. *Magnus* a su disposición siempre —saludó, inclinando su leonina cabeza, con un taconazo puramente alemán—. Buenas noches.

—Buenas noches...

La puerta se cerró y Cliff Stevens sintió que las piernas le flaqueaban al encontrarse solo.

Como hipnotizado, contempló los objetos de la maleta. Luego miró a la puerta cerrada. Aún parecía como si *Magnus* estuviera allí. Sus ojos producían la impresión de poder taladrar una puerta. Eran tan singulares, tan enigmáticos y penetrantes... Habían visto el impermeable, las tijeras... Incluso parecía que le hubieran visto a él por dentro, que hubiesen llegado a su mente, a lo más profundo de ella. Pero eso tal vez no fuese sino resultado de su propio temor.

Tenía que obrar de prisa. Dave no tardaría en llegar. Y si veía aquello, sería un testigo más contra él. Pronto se sabría que la policía buscaba al asesino del impermeable negro y los zapatos toscos. Que las tijeras mortíferas no aparecieron junto al cadáver de Marcia Atkins... Quizá el hombre del circo no recordase. Pero Dave era inteligente, de mente rápida y precisa.

Empezó a hacer un envoltorio con todo lo que contenía la maleta. Sus manos temblaban, las tenía bañadas en sudor, se estremecía, con un frío interior que contrastaba con la temperatura febril de su epidermis sudorosa.

Actuaba como en sueños. Igual que si estuviera moviéndose entre brumas. Ni siquiera quería pensar. Sólo correr, terminar pronto, deshacerse de todo aquello, que le acusaba.

No era responsable. Si había matado a una mujer, fue subconscientemente, sin desearle ningún mal. La idea resultaba espantosa, alucinante. Pero lo era más aún si pensaba que por aquel crimen terminaría en la cámara de gas de San Quintín.

Ejecutado por algo que no quiso hacer, que incluso ignoró que hubiera ocurrido, que se confundía con un sueño..., pero que *no era* un sueño. Porque nadie mata en sueños, para que luego aparezcan las pruebas de ese crimen, tangibles y reales.

Si soltaba todo aquello en cualquier lugar de la ciudad, donde nadie pudiera relacionarlo con él..., si lograba que la policía interrogase a Dave Wilburn, y su

compañero de alojamiento presentaba la coartada que solamente él podía confirmar, no tendría nada que temer.

Terminó de hacer el envoltorio, y se echó atrás. Tuvo que cerrar los párpados. Algunas lágrimas se mezclaron con el sudor que goteaba, copioso, entre sus cejas y pestañas. Humedecióse los labios agrietados, resecos y calientes.

—Es horrible —musitó—. Es horrible... Yo no soy un asesino... ¡No soy un asesino! ¿Por qué tuve que hacerlo?

Había utilizado la edición dominical del «Times» para envolverlo todo. Aún sobraba papel, y aun así, no se advertía la naturaleza del envoltorio. Vació las cosas de su maleta, y las dejó dentro del armario. Metió en la maleta el envoltorio.

Abrió la puerta de su habitación. Se asomó al corredor, oscuro y silencioso. Una rendija de luz escapaba de una puerta situada más allá, junto a la suya. La habitación de *Magnus*, «El Dominador».

Apagó la luz de su alcoba. Cerró suavemente, echó a andar con la maleta, alcanzó la puerta del apartamento y salió al pasillo exterior. No tomó el ascensor. Podía encontrarse a alguien en él, pese a que no había ascensorista nocturno en el edificio.

Bajó por la escalera. Llegó a la planta inferior. Se detuvo, por si entraba alguien en la casa, o el telefonista de noche estaba atento, cosa que no acostumbraba a suceder.

Todo iba bien. La puerta, asomando a la calle, charolada por la insistente lluvia de todo el día, estaba desierta. El telefonista, un viejo encogido y miope, dormitaba sobre una mesa en la que aparecía desplegada la sección cómica del diario dominical.

Pasó rápido, con la maleta. Pisó la acera, brillante de lluvia. Ahora no llovía. Había una bruma no muy intensa, y en ella las luces de las farolas públicas eran simples manchas de luz, reflejadas en los charcos, o en el negro bruñido del asfalto.

Echó a andar, avanzando dos manzanas. Luego, dobló una manzana más. Se detuvo en el cruce de dos avenidas desiertas, bajo la marquesina de un cine cerrado y en sombras. Desde la cartelera, le saludó lúgubrementemente la figura de una mujer ensangrentada, caída a los pies de un hombre armado. El afiche de la película no contribuyó a alentarle. Se alejó de allí. Un taxi pasaba con el «libre» encendido. Le llamó. Subió a él y le dio la dirección:

—Estación del *ferry* a Oakland.

El taxista le echó una ojeada por encima del hombro, otra por el retrovisor, y meneó la cabeza, arrancando a buena velocidad. Cruzaron un San Francisco neblinoso, casi desierto y sin ruidos. Estaba muy avanzada la madrugada ya.

—Su destino, señor —dijo el taxista, frenando en el embarcadero, frente al *Ferry Building Heliport*, en la bahía—. Pero el primer *ferry* aún tardará en salir...

—Lo sé, gracias —dijo rápidamente Cliff.

El chapoteo del envoltorio en las negras aguas...

Le pagó la carrera y avanzó hacia el edificio de los transbordadores que conducían a Oakland.

Entró bajo la marquesina, pero solamente hasta que el taxi se alejó en la noche. Una vez solo en la amplitud del embarcadero, rodeó el edificio de los transbordadores y se encaminó a los tinglados y muelles inmediatos.

Había muchos buques de poco tonelaje anclados allí, frente a los «docks» y desembarcaderos. De cabotaje, pesca o pequeño transporte, en su mayoría. También yates y canoas a motor, más o menos lujosas.

Cliff sabía lo que se arriesgaba. Avanzó a largas y silenciosas zancadas, pegado a una hilera de tinglados de muros grises y desprovistos de luces. Eludía las zonas demasiado claras. Solamente en una ocasión o dos, sus zapatos chapotearon, con lo que a él le pareció un ruido infernal, en los charcos de agua oscura y turbia.

Llegó a un borde del embarcadero, entre un yate apagado y silencioso, que se mecía suavemente sobre las aguas de la bahía, y un pesquero en cuya cubierta lucían dos farolillos rojos. No vio a persona alguna sobre una u otra embarcación. Tampoco en la larga, empedrada amplitud del embarcadero salpicado de blancos halos de luz lechosa en la bruma.

Decidióse rápidamente. Se inclinó, abrió su maleta. Extrajo el envoltorio con papeles de periódicos. El peso de las botas y de las tijeras sería suficiente para llevarse abajo todo aquello. Las ligaduras, bien aseguradas, impedirían que una de las prendas se soltase, emergiendo a flote. Y aunque eso ocurriera alguna vez, ¿quién lo asociaría con él?

El chapoteo de las negras aguas pareció un cañonazo. Cliff se apresuró a correr, ocultándose en una zona de sombras, con el corazón palpitando furiosamente, arrastrando consigo la maleta, sin cerrar siquiera.

Pero el choque del envoltorio en el agua, antes de hundirse, no debió de ser tan intenso como él creía. No se oyó una sola voz, ni un paso, ni el menor movimiento en los embarcaderos.

Así permaneció Cliff unos minutos. Dos o tres. No sucedió nada. Entonces se resolvió a cerrar la maleta apresuradamente y alejarse con premura de allí. Regresó al embarcadero.

Allí, ya a paso normal, como un viajero desconcertado, que se hubiese hallado demasiado pronto en la estación de *ferrys*, avanzó lentamente hacia el norte. A la altura de Montgomery Street, encontró otro taxi.

Subió a él, dándole una dirección, a escasas manzanas de su vivienda. Desde allí se encaminó a pie hasta casa. Detúvose ante la entrada. Todo continuaba igual en apariencia. El telefonista dormía. El vestíbulo aparecía desierto, y el ascensor estaba en la planta inferior.

Pero tampoco lo tomó. Subió nuevamente por la escalera. Una vez en su planta, abrió la puerta de la casa con su llavín. Cruzó el vestíbulo, el comedor y el «living», avanzando por el corredor hacia su alcoba.

La rendija de luz del cuarto inmediato se había apagado ya. En cambio, la suya estaba encendida. El corazón le palpitó con mayor fuerza. Debió temerlo. Dave había

vuelto. No resultaba extraño que él volviera tarde. Lo raro, para Dave, sería verle con la maleta. ¿Qué día decir?

Vaciló unos momentos. Y terminó por resolverse de otro modo. Rápidamente, pasó ante su puerta, de nuevo con aquel frío sutil que recorría su ser, con aquella angustia creciente que le atenazaba.

Dejó la maleta dentro de un ropero empotrado en el corredor. Cerró el *placard*, y con un suspiro de alivio regresó a la puerta, la abrió y entró, fingiendo muy bien su habitual jovialidad al saludar:

—Hola, Dave, buenas noches...

Se detuvo en seco, nada más pisar la habitación. Dilató sus ojos enormemente, y el suelo vaciló bajo sus pies. No acertó a decir más, ni a moverse, ni a intentar cosa alguna.

No era Dave Wilburn el que estaba en la estancia, esperándole.

En vez de él, descubrió a un hombre a quien ya conocía, erguido junto a la puerta de comunicación con la estancia vecina. Era el teniente de Homicidios, Spencer Brent.

—Buenas noches, Stevens —saludó el policía—. Estábamos esperándole...

Los ojos dilatados de Cliff se desviaron, hasta encontrarse con la segunda persona que aguardaba en la estancia. Estaba sentada en una butaca, frente a su cama.

Era una mujer de cabellos rojos, como Marcia Atkins. Hermosa, como Marcia Atkins.

Pero no era Marcia Atkins.

CAPÍTULO IV

—Dios mío, qué susto me han dado —jadeó Cliff, pasándose el dorso de una mano trémula por su frente bañada en sudor.

—Evidentemente, tengo la virtud de asustarle siempre que me enfrento con usted —dijo con voz grave el teniente Brent—. Lo lamento de nuevo, Stevens. Y procuraré que no vuelva a suceder.

—Creo que tengo motivos para asustarme. Llego aquí a dormir, ¿y a quién me encuentro? No a mi compañero de habitación, sino a un teniente de policía... y a una dama a quien no conozco. Parece un auténtico disparate, teniente.

—Lo creo. Pero dejará de serlo cuando sepa a lo que hemos venido, Stevens. Le presento a mi joven acompañante. Es la señorita Carol Francis. Señorita Francis, éste es Cliff Stevens, el hombre de quien le hablé.

—Siento no poderle decir que sea un placer conocerle —dijo la pelirroja, con un suspiro. Era menuda, esbelta, de deliciosas curvas y un rostro bonito, de breve nariz, carnosos labios y arqueadas cejas sobre sus ojos grises—. Dadas las circunstancias, señor Stevens, sería imposible tal cosa.

—¿Circunstancias? —Cliff sintiendo sus pies vacilantes, inseguros, y sus rodillas tan débiles que en cualquier momento podía doblarse, avanzó unos pasos, se detuvo frente a la joven de cabellos rojos, procurando olvidar a *otra* mujer de cabellos rojos—. No entiendo aún, la verdad...

—Verá, Stevens... —El policía se dirigió hacia él—. En realidad no crea que hemos hecho levantar a la señora Kenyon en su ausencia, y allanado su alcoba, a causa de ese infortunado caso de la muchacha asesinada. Ni yo vengo como teniente de Homicidios.

—Pues aún lo entiendo menos. ¿Qué significa este galimatías, teniente?

Cliff notó que se estaba serenando un poco. Pero muy poco.

—Ha ocurrido algo hoy, y la señorita Francis ha venido a Jefatura a solicitar nuestra ayuda. Al saber que el asunto de que se trataba está más o menos relacionado con usted, he hecho un alto en mi labor, y he querido acompañarla hasta aquí para que se entreviste con usted. Al fin y al cabo, soy el único policía que le conoce, Stevens.

—Muy bien. —Cliff, aún perplejo, volvió la mirada a la joven pelirroja. Hizo un esfuerzo por no admirar sus bonitas piernas. Pero la falda era corta y ceñida. Resultaba inevitable. Respiró hondo—. ¿Qué sucede, señorita Francis? ¿Qué puedo hacer yo por usted?

—Verá, señor Stevens... —Ella se incorporó. De pie, su figura era aún más bonita—. Voy a necesitar su ayuda.

—Si realmente pudiera ofrecérsela en su apuro, cuente con ella. Pero dudo mucho que esto tenga sentido.

—Lo tiene, si Dave Wilburn vive aquí, con usted.

Cliff se quedó de una pieza. Asintió con un movimiento de arriba abajo.

—Cierto. Dave vive aquí. —Señaló la otra cama—. Ahí duermo. Ni él ni yo tenemos mucho dinero para elegir mejor lugar. Es todo lo que San Francisco nos ha dado hasta ahora, en respuesta a nuestros sueños de triunfo.

—Y Dave... Dave tiene relaciones con... con una muchacha llamada Helen.

—Sí. Es verdad. ¿Cómo sabe usted...?

—Helen es mi hermana, señor Stevens.

—¡Oh, entiendo! Pero lo que no logro entender es lo que ocurre. ¿Acaso ha venido usted a informarse de las relaciones de Dave con su hermana Helen?

—No. Eso lo sabía. Yo no vivo en San Francisco, señor Stevens. He venido hoy a buscarles. En casa de Helen me dijeron que salía de excursión con Dave Wilburn, porque hoy era el día libre de él. Y que iban a dar un paseo en canoa motora por Fisherman's Wharf.

—Es verdad. Dave también me lo dijo.

—¡Dios mío! —Una palidez de cera se extendió por la bonita faz de la joven pelirroja. Se volvió hacia el teniente Brent y susurró—: Entonces va a ser cierto, teniente.

—¿El qué va a ser cierto? —inquirió Cliff, vivamente.

—Verá, Stevens —explicó el policía—. Dave Wilburn no está aquí. Tampoco Helen Francis en su residencia de la ciudad. No sabe nadie nada de ellos. Y lo que es peor, una canoa de alquiler ha volcado en la bahía, al noroeste de la Zona de Libre Comercio de Fisherman's, desapareciendo en las aguas sus dos ocupantes, sin que hasta ahora hayan podido ser hallados.

—¡Cielos! —Ahora fue Cliff el que palideció intensamente.

Y llegó justamente a tiempo de tomar en sus brazos a Carol Francis, que se desvaneció en ese momento.

* * *

Ahora comprendía por qué le visitaron de un modo tan súbito y alarmante.

En el mismo día, un suceso nuevo, inquietante venía a irrumpir en su vida. Dave Wilburn había desaparecido. Y con él, su acompañante Helen. Carol Francis, la hermana, había alimentado hasta el final la esperanza de que los dos ocupantes de la canoa volcada no fuesen ellos. Ahora Stevens había dado el golpe de gracia a sus esperanzas.

—Ha sido un mal asunto para esa pobre muchacha —suspiró el teniente Brent, tras atender a Carol, echada en el lecho de Cliff—. Y, por lo que me temo, un desastre para su amigo.

—Dios mío, parece increíble que Dave... ¿Cómo sucedió?

—No se sabe a ciencia cierta. Como ocurre siempre en estas cosas. —Brent se encogió de hombros—. No es cosa de mi Departamento, claro está. Pero he leído el

informe de la Patrulla Costera. Al parecer el conductor de la canoa no era muy hábil. Viró mal, y al tomar la curva de la costa, frente a Alcatraz, se inclinó de babor hasta perder el equilibrio. Volcó. Un barco pesquero distinguió, a distancia, las figuras de dos personas tratando de mantenerse a flote. Pero fue una visión muy rápida, porque ya no pudo verles más, y al aproximarse y llamar a las Patrullas Costeras, ya no aparecieron, ni vivos ni muertos. Se está recorriendo la bahía en busca de ellos, y han descendido hombres-rana para tratar de localizarlos. Claro que las aguas son muy turbias y sucias en esa zona, hay muchos embarcaderos y lugares bajo el agua, con soportes de cemento, de piedra o de hierro, donde pueden engancharse los cadáveres, si es que han muerto, y tardos semanas enteras en hallarlos o en salir a flote. Eso ocurrió ya otras veces, Stevens.

—¡Dios mío, qué fatalidad! —Pensaba en Dave, pero también en su coartada. Ahora ya no tenía nadie capaz de informar a la policía sobre su presencia allí en la madrugada anterior. Repitió con voz sorda—: ¡Qué gran fatalidad!

—Sí, verdaderamente —asintió el policía—. Para usted también, amigo mío...

Cliff pegó un respingo. Se irguió, sobresaltado, buscó con su mirada, serenamente, la del teniente Brent.

—¿Por qué dice eso? —preguntó.

—El hecho de ser su compañero de habitación, tenía su valor para usted y para mí. Estaba aguardando a que regresara, para interrogarle. Me comprende, ¿verdad?

—¡Oh, sí! Mi coartada —dijo Cliff, con sarcasmo, procurando dominarse.

—Eso es. Su coartada. Si la declaración era favorable, como espero, y podía decirme que usted pasó aquí la noche, como cada día, eso dejaría todo resuelto, porque el crimen, según el forense, se cometió entre tres y media y cinco de la madrugada.

—¡A esa hora estaba yo acostado! Incluso soñaba en voz alta, y Dave me lo hizo notar por la mañana —protestó Cliff, humedeciéndose los labios.

—Le creo. Es una lástima, pues, que Dave Wilburn no pueda demostrarlo ahora. Por eso lamento lo ocurrido, aparte de que siempre me duele el mal que sufren los demás. En cambio, si usted fuera culpable, Stevens, y hubiese estado ausente anoche entre esas horas..., la muerte de Wilburn le beneficiaría mucho, ¿no cree?

—¡Oh, seguro! ¿Por qué no sugiere ahora que yo mismo fui a la bahía, y provoqué el accidente, matando así al que podía perjudicarme? —se mofó Cliff agriamente.

—Podría haber sucedido eso —rió entre dientes el policía—. Pero me parecería demasiado fantástico. De momento, me conformo con la teoría de que fue un accidente. Un desgraciado accidente... para usted o para mí. Eso ya lo veremos.

—Sigue sospechando de mí, ¿no es cierto? —le espetó Cliff.

—Le gusta afrontar las cosas directamente, ¿eh, Stevens?

—Sí. La verdad, por fea que resulte, vale más mirarla con ojos abiertos. Cerrarlos, no conduce a nada.

—Es verdad. Para su tranquilidad, sin embargó, le diré que no sospecho en especial de usted ni de nadie. Me limito a anotar nombres, a estudiar posibilidades... Pero alguna vez tendrá una evidencia contra el asesino. Y los inocentes estarán a salvo. Si usted está entre ellos, me sentiré muy satisfecho, Stevens.

Se volvió a Carol Francis, que se agitaba en el lecho.

—Parece que vuelve en sí —dijo—. La llevaré conmigo ahora. Tal vez la deje en una clínica hasta que se aponga. La muchacha ha sufrido un rudo golpe.

—No le invito a que la deje aquí, porque no hay puertas de separación. —Stevens respiró con fuerza—. Y porque soy sospechoso de haber asesinado a otra mujer, pelirroja como ella.

—Sí, es curiosa la coincidencia, ¿eh? —Brent sonrió—. Vale más no correr riesgos. La llevaré conmigo. Si quiere anotar su dirección en San Francisco, es decir, la de su hermana, que supongo que es en donde, ella se quedará, puede hacerlo. Ella seguramente deseará hablar con usted cuando se reponga...

—Lo anotaré, por si acaso —asintió Cliff. Hundió la mano en su bolsillo de la americana. Frunció el ceño al no hallar lo que buscaba. Luego hurgó en otros bolsillos. Finalmente, fue a la mesa, tomó un papel y se dispuso a anotar la dirección que le diera el policía—: Bien, teniente, usted dirá.

—Es Jackson Street, 76. Apartamentos Gold Rush —le vio escribir. A boca de jarro, indagó de pronto—: ¿Qué buscaba usted antes? ¿Alguna agenda, Stevens?

—¡Oh, no! —Respondió Cliff, con naturalidad—. Solamente donde yo acostumbro a anotar direcciones. Es un...

Se detuvo. La sangre se heló en sus venas. De golpe, una imagen acudió a su mente. La imagen de un librito de fósforos, cayendo al agua... Un librito de fósforos del Club, Con un nombre y una dirección escritos... «*Marcia Atkins... Rincón Road, 347*»...

Su letra, su cartucho de fósforos... en un charco de agua, frente a la residencia de Marcia. ¡*Lo recordaba!*

—¿Un qué, Stevens? —Estaba preguntando el policía, con tono curioso.

—Un... un librito de direcciones —mintió torpemente—. No sé dónde lo he puesto...

—¡Oh, creí que buscaría un cartucho de fósforos! —dijo Brent, como al azar. Y Cliff se estremeció—. Mucha gente anota ahí sus cosas.

Asintió Cliff. Y la súbita reacción de Carol Francis le evitó una respuesta forzada. La joven se estaba incorporando en el lecho, a la vez que musitaba:

—¿Qué... qué me ha ocurrido?

—Nada, señorita Francis —se apresuró a decir Brent—. Un leve desvanecimiento. Vamos, la llevaré conmigo a donde cuiden de usted por esta noche. ¿Se encuentra bien ahora?

—Sí, sí, gracias. ¿No saben nada nuevo de...?

—Nada. Venga conmigo, señorita Francis. —Brent le ofreció su fuerte brazo

como apoyo—. Creo que por esta noche ya hemos molestado bastante al señor Stevens.

—¡Oh, sí! Pero es que yo quisiera hablar con él y...

—Mañana lo hará, si quiere. El tiene su dirección. Puede llamarla. O llamarle usted, si lo prefiere. Ya arreglaremos eso. Ahora, vamos ya.

Stevens les ayudó. Solamente respiró aliviado cuando les vio perderse en la noche, en un automóvil oscuro, del teniente Brent, aparcado un poco más arriba, y en el que Cliff no se había fijado al llegar poco antes.

Volvió a quedarse solo. Solo con sus pensamientos. Ahora más confusos y sombríos desde que sabía que Dave, su compañero Dave, había desaparecido en la bahía con su prometida Helen.

La fatalidad se cebaba en él. Ya no tenía coartada alguna. De ser inocente, no se hubiera preocupado, pero él ERA CULPABLE. Lo sabía. Se contempló las manos. Unas manos que la noche anterior habían empuñado unas tijeras, sepultándolas en un seno femenino.

Ése era él. Cliff Stevens, asesino. Un bonito oficio. ¿Y por qué había matado? ¿Por qué? No tenía nada contra Marcia. No sólo no la odiaba, sino que incluso le había sido indiferente. No despertó pasión alguna en él. Recordaba que la propia Marcia le dio sus señas, y le invitó a ir a verla algún día. Era una chica tan bonita como poco escrupulosa. Tenía entendido que también era provinciana. Una mujer joven, atractiva y nada puritana, puede abrirse paso. En San Francisco o en otra ciudad cualquiera. Pero puede terminar muerta también. A manos de un estúpido, de un rufián... o de un loco.

Loco... Se contempló en el espejo de cuerpo entero, al regresar con la maleta. Había sido una buena idea ocultarla en el placard del pasillo. ¿Cómo hubiera explicado la presencia de la maleta al teniente Brent? Los locos son astutos, sí. Y él... *él estaba loco*, evidentemente. Eso lo explicaba todo.

O casi todo...

Cerró el armario con un suspiro, una vez reintegrada su ropa al interior de la maleta. Se acostó. Cerró los ojos. Quería dormir. Pero no sabía si podría hacerlo. Le asustaba la idea de soñar. De soñar con Marcia Atkins, con la alfombra verde, con el chalet de Rincón Road... Hill Village se llamaba, si no recordaba mal...

Sentíase muy cansado. Muy cansado. Se durmió.

Y no soñó. O si lo hizo, él no lo recordó al despertarse.

* * *

Otra vez estaba allí.

El chalet, con su cerca de madera, los setos y rosales, la edificación, con su porche y su tejado gris. La calle, ya seca, solamente mojada en los bordillos de las aceras, y en alguna grieta donde el charco se había mantenido en las últimas horas.

Ahora no llovía. Ni el lugar tenía nada de fantasmal o siniestro. La luz de un día nublado pero cálido, despojaba a todas las cosas de su aire lúgubre de la noche. Hasta la residencia de Marcia Atkins parecía alegre. Y los chalets inmediatos.

Era mediodía. Circulaba gente, pero no mucha. Ocurre así siempre en los barrios residenciales. Hileras de árboles festoneaban las aceras. Un cartero pasó en su bicicleta, lanzando periódicos enfajados al interior de los chalets. Se perdió en la distancia, colina arriba.

Cliff Stevens, con las manos hundidas en los bolsillos de su gabardina, se detuvo. Había sido allí. Lo recordaba muy bien. Miró al suelo. No estaba el charco ya. Ni tampoco el librito de fósforos del Club, naturalmente.

Alzó poco a poco su cabeza, fijó la mirada ante sí, en la casa de Marcia. Estaba cerrada. Postigos de puertas y ventanas bien ajustados. Parecía que su ocupante se hubiera ido de vacaciones. Unas vacaciones muy largas...

«*Se alquila*», decía un tablón adherido recientemente a la cerca. Y aunque era una bonita casa, Cliff estuvo seguro de que su propietario no se vería satisfecho en algún tiempo. Al menos hasta que la polvareda del crimen hubiera pasado.

—¿Busca algo, Stevens?

Se volvió, asustado. Casi tropezó con el bordillo, y muy difícilmente mantuvo el equilibrio. Una vez más, la misma persona se encaraba con él. Su oscuro automóvil se había acercado sin advertirlo él apenas. Parado junto a la acera, el teniente Brent asomaba por la ventanilla, contemplándole con una extraña mezcla de curiosidad y burla.

—¡Usted siempre! —Masculló Cliff—. ¿Se ha propuesto acabar conmigo a sustos, teniente?

—Es inevitable. —Parecía excusarse, con un ademán expresivo de sus manos. Cliff sabía que era una excusa falsa—. Creo que me pasaré la vida apareciendo ante usted en los momentos más imprevistos. Lo siento, Stevens. Pero en esta ocasión, la culpa es suya. ¿Qué mil diablos hace por aquí? ¿Se le ha perdido algo?

—¿Qué iba a perder yo... *aquí*? —puntualizó Cliff, agudamente, casi en un desafío.

—¡Oh, claro está! Es una idea tonta —rió el teniente Brent—. Pero cuando me aproximaba en el coche, me pareció que buscaba por el suelo.

—¿Yo? Eso es un disparate. Por cierto, teniente, que debió aproximarse muy despacio. No le oí llegar. ¿Quería sorprenderme?

—¿Por qué iba a querer hacerlo? —Sonrió el policía, con ojos graves.

No lo sé. Es una idea que se me ha ocurrido. Puede pensar que he venido aquí a...

—A confirmar la teoría, vieja como el mundo, de que el asesino siempre vuelve al lugar del crimen, ¿no es cierto? —Brent soltó una breve, seca carcajada—. Pues en este caso creo que se equivoca. No me ha parecido nunca una teoría exacta. El asesino vuelve... siempre que haya dejado algún cabo suelto. Y el que mató a Marcia Atkins era un hombre lo bastante inteligente como para no dejarse cabos sueltos de

ninguna especie.

—Si yo fuera un criminal, no estaría ahora aquí, teniente. La curiosidad, ese morbo singular que todos tenemos dentro, me ha traído a ver la casa de Marcia. Pero nada más.

—Y yo lo cero, amigo mío. —El policía se rascó la mejilla, pensativo—. ¿Sabe en qué se me ocurrió pensar cuando le vi inclinado sobre el asfalto, mirando a tierra?

—No... —Cliff reprimió un sutil escalofrío.

—En lo que hablamos anoche. ¿Se acuerda cuando anotó la dirección de la señorita Francis?

—Sí.

—Es que aquí encontramos un librito de fósforos, uno de esos cartuchos de propaganda que dan los locales públicos. Era un librito precisamente de su Club, Stevens. Y del de Marcia, por supuesto. Estaba ahí mismo, cerca de donde usted está ahora. En un charco reseco, casi confundido con el fango. Nos atrajo el nombre del Club, impreso en letras rojas y verdes, muy llamativas.

—No veo la relación en todo eso, teniente —se apresuró a decir Cliff.

—Pues existe. Los técnicos de nuestros laboratorios han revisado a fondo ese librito. Encontraron, aunque borradas por el agua, huellas de algo escrito. Hoy en día, la técnica de laboratorio está muy avanzada. Con el microscopio aparecieron los trazos en la cartulina. ¿Sabe lo que habían escrito allí?

—¿Cómo voy a saberlo? —La voz le vacilaba. O se lo parecía a él.

—El nombre y la dirección de Marcia Atkins. Alguien perdió eso. Me gustaría saber quién.

Cliff supo que en ese momento podía hablar, decir algo que evitara posteriores complicaciones. Asegurar que él había perdido un librito de fósforos, con las señas escritas. Pero que jamás estuvo allí, que Marcia debió llevárselo, después de escribir él, por error. Cualquier excusa plausible que desviara de él las sospechas.

Pero no tuvo valor. No dijo nada. Y Brent, que parecía muy interesado en contemplar los jardines inmediatos, sin prestarle la menor atención, suspiró de repente, volviéndose hacia él y preguntando algo asombroso:

—Usted ha nacido en Wyoming, ¿verdad?

—Sí. —Cliff le miró, sorprendido—. ¿Por qué pregunta eso?

—¡Oh, por nada! Quería comprobar mis datos. —Extrajo un bloc del bolsillo. Pasó unas hojas y leyó—: Cliff Stevens, natural de Sunrise, Wyoming. Hijo de Elma y Andrew Stevens. Hijo adoptivo, quiero decir.

—¿Y qué? ¿Es un delito ser hijo adoptivo?

—En absoluto. Le adoptaron, sacándole del orfanato de Cheyenne —sonrió el teniente Brent—. Usted lo sabía, por eso lo he mencionado.

—Lo sabía, si. Mis padres no me lo ocultaron. Y fueron auténticos padres para mí, teniente.

—No lo dudo. ¿Viven?

—No —denegó suavemente Cliff, entornando los ojos—. No viven, teniente. Por eso estoy yo en Frisco, intentando salir adelante. Y olvidando lo que quedó atrás. La vida aceptable en Wyoming, el hogar y los recuerdos.

—Entiendo. Perdona si le avivé heridas desagradables. Quería saber si mis datos eran ciertos.

—Se preocupa mucho de mí, teniente.

—Me preocupo mucho de todos. También de su amigo Wickers, aunque no lo crea.

—¿Supone que en mi pasado estará una explicación para poderme colgar la muerte de Marcia Atkins a mí?

—No supongo nada. Me limito a conocer a la gente. Y saber de ella lo más posible. Es... humano. Ese morbo llamado curiosidad, como usted dice. Hay tipos que tienen otra clase de morbo dentro de sí. Como, por ejemplo, el placer de matar.

—¿Y toda su curiosidad, teniente, no ha dado resultado aún para hallar a Dave Wilburn o a Helen?

—No es de mi incumbencia, Stevens. Yo me ocupo de homicidios, recuerde. Y lo de su amigo es un accidente. Están las patrullas de la bahía, buscando. Supongo que pronto se sabrá algo. Esa chica, Carol Francis, ha dormido gracias a los sedantes, en el hospital donde la hice ingresar anoche. Supongo que hoy estará mejor y podrá salir a hacerse cargo de las cosas con todo su valor. Ya sabrá de ella, Stevens. Tiene interés en conocer por medio suyo algo de Helen y de Dave.

—Poco podré yo ayudarle. Nada sé de Helen. Y muy poco de Dave. Solamente éramos compañeros de alojamiento. Eso, entre dos provincianos, tiene escasa amplitud, después de todo.

—A pesar de ello, esa chica agradecerá cualquier cosa, por poco que sea. Hasta otra vez, Stevens. —Agitó una mano antes de poner el coche en marcha—. Y no sea demasiado curioso, amiguito. Domine su morbo...

No añadió más. Se alejó, a marcha suave. Cliff frunció el ceño. Dio media vuelta y empezó a caminar en dirección opuesta. De súbito, el lugar ya no parecía alegre. Ni siquiera a la luz del día.

CAPÍTULO V

Los funerales por Marcia Atkins los pagó la empresa del club nocturno. Fue un detalle caritativo, porque, al parecer, la pelirroja no tenía familia. Ni en Frisco, ni fuera de allí. Al menos, los esfuerzos del teniente Brent por localizar a alguien que se hiciera cargo del asunto, fueron inútiles.

Logró averiguar que una familia Atkins, residente en Medford, Oregon, había muerto tiempo atrás, en un incendio. Y la única parienta había partido hacia California, tras el desastre. Evidentemente, Marcia podía ser esa parienta única. Otros dos primos, residentes fuera de Medford, se suponía que habían muerto porque no se sabía nada de ellos.

Eso zanjó la cuestión de los Atkins. El club donde trabajara Marcia pagó unos funerales dignos y también otras honras fúnebres por la infortunada muchacha. Concurrió mucha gente a la ceremonia, en una pequeña capilla de Nob Hill.

Cliff Stevens encontró allí personas conocidas. Gordon Wickers, su batería en la orquesta; Greg Carson, *barman* del local; Howard Bearle, dueño del establecimiento; el teniente Brent, e incluso algunos clientes del club, que sin duda conocieron a la muchacha y le guardaban un cierto recuerdo de lealtad y simpatía.

Fue un trance penoso. Cliff sintió en su garganta el dogal de la emoción, cuando el reverendo habló encomiásticamente de la difunta y pidió una oración por su alma. Resultaba monstruoso que él, *precisamente él*, estuviera allí, asistiendo a aquel acto póstumo, por una mujer a la que atacó, a la que asesinó...

Pero, no. No fue él quien lo hizo. Algo subconsciente, algo ajeno a su voluntad, a su auténtico ser... Quizá aquel morbo sutil que citara el teniente: el deseo de matar, el placer de ser un asesino, sin motivos ni causas naturales.

Rechazó el pensamiento, apartó de sí la idea con vivo horror. Era una monstruosidad, una aberración..., él *no pudo* haber sido... Pero la evidencia era terrible, acusadora. Él *estuvo* en el chalet aquella noche..., él vistió el negro impermeable, los zapatos toscos y recios..., él alzó las tijeras contra Marcia, él *sintió* penetrar las puntas de acero en el torso de mujer...

Cerró los ojos. Le llegaron las frases del reverendo, como envueltas en un lejano rumor, que las hacía confusas:

—... y si algún error, alguna falta cometió en vida, como humana criatura que era, Dios, en su infinita misericordia, dará el perdón a su alma, y vivirá en la eterna paz que todos ansiamos para la otra vida.

A la salida de la capilla, la voz del reverendo aún sonaba en sus oídos. Los asistentes se dispersaban. El teniente Brent le ofreció su coche, pero él lo rechazó con suave cortesía, y el policía se dispuso a marcharse. Antes Cliff se informó sobre las pesquisas en la bahía. Seguía el resultado negativo. Pero una cámara fotográfica de Helen Francis había sido hallada, prendida en un soporte de cemento de los embarcaderos de Fisherman's. La búsqueda se intensificó, apareciendo asimismo un

fragmento de una americana de color claro, ya identificada por la señora Kenyon, como perteneciente a Dave Wilburn. Estaba rasgada y prendida a unas rocas del fondo.

Eso presentaba el asunto con el feo cariz de una doble muerte en el mar. Las últimas esperanzas de Stevens se evaporaban. Seguía sin coartada, sin nadie que pudiera confirmar que él durmió aquella noche en casa...

Desalentado, se alejó. Una voz atrajo su atención, a espaldas suyas:

—¡Eh, Stevens, no se vaya! ¿Quiere que le lleve en mi coche?

Era raro. Howard Bearle, dueño del club, nunca había sido un tipo sociable, ni amigo de hacer favores. Aceptó Cliff, algo intrigado. Subió al largo «Chevrolet» azul, junto al conductor. Éste manejó el vehículo, en dirección a Market. Por el camino habló suavemente a Cliff:

—¿Ha visto el funeral? Pobre chica. Ahora todo terminó ya. Siete días después de su muerte, se apaga el último eco...

—Falta algo aún: descubrir al asesino. Entonces los ecos serán más fuertes, señor Bearle.

Howard Bearle meneó su cabeza, calva y ligeramente ovalada. Tenía unos cincuenta años, era enjuto y fibroso. Su faz, alargada y angulosa, rara vez sonreía o mostraba emoción por algo. La nariz evocaba al pico del buitre por pura asociación de ideas.

—No sé si alguna vez darán con él, Stevens. Pero eso no le devolverá ya la vida. Y soy de los que opinan que, por desgracia, ejecutar al asesino después no resuelve nada. Ni siquiera a la sociedad. Tipos como el que mató a Marcia abundan en todas partes. Lo importante sería exterminar la enfermedad.

—¿Enfermedad? —Cliff se estremeció, mirándole interesado.

—Sí. —Howard Bearle conducía sin mirarle—. Eso dije, Stevens. Un hombre puede aparentar perfecta normalidad. Como usted o como yo. Y ser, en el fondo, un terrible asesino, porque tiene algo podrido...

Se tocó la cabeza. De nuevo Cliff sintió terror. Un profundo terror hacia sí mismo. Hacia aquella parte de su cerebro que, sin duda, estaba podrida, como decía Bearle.

—¿Un sádico? —indagó.

Posiblemente. —Howard Bearle se volvió ahora hacia él, y Stevens trató de aparentar perfecta indiferencia. No supo si lo logró—. ¿Usted cree en ellos, Stevens?

—No, no creo en tales seres. ¿Puede existir el que mata, ajero a sí mismo, y luego ni siquiera lo recuerda?

Evidentemente, existe —afirmó Bearle—. Si no, ahí tiene el caso de Chester Braddell.

—¿Chester Braddell? —Cliff frunció el ceño. Hubiera querido recordar dónde oyó antes ese nombre, pero no lo logró—, ¿quién es?

—Diga mejor quién «era». Usted no pudo conocerle. Hace veintisiete años que murió.

—¡Oh! Entonces, coincidimos. Cuando él dejó la vida, llegué yo —sonrió Cliff.

—Chester Braddell murió en la silla eléctrica, Stevens. Mató a dos mujeres... con unas tijeras.

—¡Cielos! —Cliff se estremeció—. Creí que siempre había existido aquí la cámara de gas.

—Eso no ocurrió aquí, Stevens. Fue en Wyoming.

—¿Wyoming? —Cliff se puso rígido—. ¡Oh, nunca oí hablar de eso!

—Fue un caso célebre. Muy célebre. Él se declaró inocente, juró que no era culpable. Y si lo era, ni siquiera lo sabía. O era un gran actor, o el hombre tenía razón. Hizo vacilar al jurado. Pero su culpa era tan monstruosa que no se libró de la pena de muerte. Se le ejecutó en medio de un ambiente apasionado, que sustentaba teorías encontradas. Para unos, era un criminal feroz, indigno de compasión. Para otros, un pobre diablo, sacrificado por un error judicial. Braddell murió cuando su esposa daba a luz, en la Maternidad.

—Una historia triste, señor Bearle. No es capaz de animarle a uno, después de un funeral.

—La vida rara vez es alegre, muchacho —suspiró el dueño del club—. Y aún no sabe lo que siguió al caso Braddell.

—¿Más aún?

—¡Oh, sí! La mujer murió en el parto. Quizá por el trance terrible de saber que su marido era ejecutado entonces. Solamente el hijo sobrevivió.

—Pobre muchacho. ¿Y siguió vivo, marcado por la señal funesta de su padre?

—Eso es lo curioso y reconfortante del asunto, Stevens. Nadie sabe dónde está ese hijo, ni quién es o qué apellido lleva en la actualidad. El orfanato se ocupó de él, por voluntad expresa de los únicos parientes de Braddell, que no querían dejar al niño con el estigma familiar. Ahora el hijo del criminal Chester Braddell puede ser cualquiera de los jóvenes que van por el mundo, con otro nombre, y con unos padres de adopción que borrarán su tenebroso origen.

Cliff, muy pálido, sentíase mareado, convulso. Rápidamente, indicó a Bearle, fingiendo normalidad, a costa de grandes esfuerzos:

—Déjeme aquí mismo, por favor.

—¿Ya se baja, Stevens?

—Sí, gracias. Tengo que hacer unas cosas en Market, no lejos de aquí.

—Está bien. —Frenó el Chevrolet—. Lamento que solamente hayamos hablado de cosas sombrías. Pero es que quería referirme precisamente a esto. ¿No dicen que la locura es un germen hereditario? Supongamos que realmente Braddell mató por demencia. ¿No podría su hijo, hoy en día, ser un criminal como él? Y así tantos otros delincuentes.

—Es una teoría que incumbe más a los médicos que a la policía, señor Bearle —dijo secamente Cliff—. Buenos días.

Se alejó, dejando un poco perplejo al dueño del club. Este puso su coche en

marcha, se alejó. Cliff Stevens, vacilante, tuvo que apoyarse en la farola inmediata. Allí permaneció hasta que llamó a un taxi con un vivo gesto. Subió al vehículo y le indicó:

—A la Biblioteca Pública.

* * *

Toda la historia era cierta. Chester Braddell, ejecutado en Cheyenne, Wyoming, el 14 de febrero de 1933. Autor de la muerte de dos muchachas: Claire Hawthorn y Laura Kent. Estuvo a punto de ser recluido, por anormal, pero la defensa fracasó en su intento y pagó con la vida: Luego, muchos médicos y especialistas revisando el caso, sostuvieron que la Ley no fue justa, y que Chester Braddell era un loco, un anormal, que jamás debió ser ejecutado. Presentaron pruebas clínicas evidentes de que su doble y morboso delito fue cometido contra su propia voluntad, inducido por un desequilibrio que transformó en sádico a un hombre perfectamente normal.

Tampoco allí hablaba mucho del hijo de Braddell. Pero decía lo suficiente. Era un varón, y al morir la madre, pasó al Orfanato de Cheyenne. Allí, el más riguroso secreto se guardaba sobre el asunto. Y nadie, absolutamente nadie, sabía dónde estaba ahora el hijo de Braddell.

Cliff cerró el libro. Una sensación dolorosa, lacerante, sacudía su ser.

Ahora todo estaba explicado. Todo tenía su razón, su origen. Cada mal posee unas raíces. Encontrarlas puede servir para extirpar ese mal. O para saber, al menos, que se posee. Y que se morirá de él.

—Dios mío... —musitó, sepultando la cabeza entre sus manos sobre la mesa de lectura de la Biblioteca Pública. Apartó de sí el volumen de 1933, del «San Francisco Sun»—. *Dios mío...* Yo soy el hijo de Chester Braddell, el asesino loco...

* * *

La luz le dañaba mucho en el ojo. Luego, de súbito, unas tinieblas que se cubrieron de chispas luminosas suplió al cerco de claridad intensa, que cayó sobre el otro ojo.

—Ábralo bien, Stevens —señaló el médico.

Lo hizo. La cabeza del doctor Sothern se inclinó sobre él. Exploró el médico sus pupilas. Luego se apartó con un suspiro. Apagó el aparato, encendió la luz suave de la estancia. Con alivio, Cliff se tapó los ojos, pasándose una mano por ellos, y al fin inquirió, dirigiéndose al médico, que rodeaba su mesa para sentarse tras ella:

—¿Ve algo, doctor?

John Sothern, golpeándose meditativamente en los dientes con el extremo de un lápiz, no respondió en seguida. Parecía estudiar su contestación. Por fin, declaró:

—Hay una dilatación profunda en las pupilas. Señales de cansancio, de agotamiento nervioso, excitabilidad hipersensible... y algo más, que será preciso

estudiar con mayor calma en sucesivas consultas.

—¿Locura?

—¿Eh? —El médico pegó un respingo y miró a Cliff con estupor—. ¿Qué ha dicho?

Le he preguntado... si es locura. Demencia, anormalidad mental...

—¿Cómo se le ocurre decir eso? —El doctor Sothern soltó una carcajada—. Me parece usted un hombre perfectamente normal, amigo mío. ¿Por qué había de estar loco? ¿Quién le ha dicho eso?

—Nadie. Pero creo tener motivos fundados para...

—Mi querido Stevens, eso es algo que sólo la Medicina tiene motivos fundados para diagnosticar. Hay gente capaz de romper un escaparate o embadurnar el traje blanco de una persona, sin que por ello estén locos. Otras personas, perfectamente normales en todo momento, poseen un auténtico desvarío, una enfermedad mental agudísima, que un día se manifiesta. Pero usted no es de unos ni de otros, en mi opinión.

—Supóngase que la policía dijera que sí. Que yo... que yo puedo matar a una mujer, pongamos por caso, llevado de un morbo homicida, de una anormalidad mental...

—Eso es divertido, Stevens. ¿Lo ha visto en alguna película?

—No bromeo, doctor. Estoy hablando muy en serio.

—En ese caso, Stevens, yo también. —El doctor Sothern alzó la cabeza, irritado—. Si lo que quiere es que le diga que está loco, no va a lograrlo. No le encuentro el menor síntoma de ello.

—Pues la policía duda de mí. Soy sospechoso en un crimen. El crimen cometido por un loco. Y yo..., yo crea estar seguro de que realmente *lo hice yo...*

—Vamos, vamos, Stevens. He sido su médico en otra ocasión, cuando estuvo a punto de coger una pulmonía con aquel catarro mal curado. Nunca le he notado nada anormal. Y ahora, menos aún. Ya le digo que hay algo raro en sus ojos. Pero no es demencia, desde luego.

—Entonces, ¿qué es, doctor? —Cliff se inclinó hacia él—. ¿Qué puede ser eso?

—No lo sé, ya se lo dije. Es algo que he visto antes de ahora, pero que no logro localizar. Desde luego, nada grave, pero sí anómalo. Si pudiera recordar...

—Doctor, hoy he sabido algo. —Cliff respiró hondo—. Yo he sido hijo adoptivo de una familia normal. Pero ahora creo estar seguro de mi auténtico origen. Y del nombre de mis padres.

—Y bien, ¿qué tiene eso que ver? ¿Le preocupa la siquiatria, tal vez? —Sonrió Sothern.

—Empieza a preocuparme. Si las cosas más monstruosas tienen un origen normal, ésta podría ser la causa de lo que me ocurre, doctor. Yo... yo sé ahora que mi padre fue un asesino, un hombre ejecutado por un doble crimen. Luego, los médicos dijeron que estaba loco, que no se le debió de matar.

Hubo un silencio. El doctor Sothern, ceñudo, preocupado hondamente, golpeó con suavidad su lapicero sobre los papeles de la mesa-despacho.

Tras una pausa larga, inquirió:

—¿Está totalmente seguro de eso?

—Sí, doctor. Todo coincide. Demasiadas coincidencias, ¿comprende? Y la locura es hereditaria, ¿no es cierto?

—*Puede* ser hereditaria o no, lo cual varía mucho las cosas —objetó el médico, despacio—. Además, ésa es una cuestión muy relativa, desde el punto de vista clínico, Stevens. A pesar de cuanto me diga, sigo sosteniendo que usted no está loco, ni mucho menos. Su mirada me recuerda algo, como ya le dije... Pero... ¡aguarde!

Su exclamación sobresaltó a Cliff. Le miró fijamente el joven, esperando anhelante.

—¿Y bien, doctor? —indagó, tenso.

—Ahora he recordado algo. Sí, es la misma expresión, la misma dilatación de las pupilas que aprecié en un amigo mío, hipnotizado una vez por un médico que conocía a fondo las cuestiones hipnóticas y la sugestión, llevada al terreno científico, por supuesto, sin charlatanerías ni farsa de barraca de feria.

—¿Hipnotizado? —Cliff enarcó las cejas—. ¡Pero eso es ridículo!

La hipnosis es cierta y ayuda en muchas cosas a la ciencia, amigo mío —explicó Sothern—. No quiero decir que a usted le hayan hipnotizado. Pero sí que ofrece la peculiar expresión y los síntomas del que ha pasado por un trance hipnótico. Puede tener otras causas, desde luego, tales como una droga, como un trance cataléptico o algo así...

Lo investigaremos a fondo, Stevens. No se preocupe por ello.

—Hipnosis... —musitó Cliff, lentamente—. Pero ¿es posible *matar* bajo efectos hipnóticos, cumpliendo la voluntad de otro?

—Se ha especulado mucho sobre eso, especialmente en el cine y en las novelas —rió el médico, meneando la cabeza de un lado a otro—. Pero no es tan fácil como creen los autores. No, no sería cosa sencilla obligar a otro a matar, por poderosa que fuese la fuerza hipnótica del sugestionador. Ni es fácil que tribunal alguno lo admitiese.

CAPÍTULO VI

Abandonó lentamente la estación de Telégrafos. Esperaba que su telegrama surtiera efecto. Un Orfanato no puede revelar a nadie la auténtica identidad de los niños adoptados. Pero en Cheyenne esperaba que lo hirieran, al menos en su caso. Él *tenía derecho* a saber. Y dado el cariz del asunto, ellos tendrían que romper el secreto de sus reglamentos, darle, al menos, el informe pedido. Porque él era precisamente el interesado y no persona ajena al problema.

No se sentía mejor por la visita al doctor Sothern, ni por el extenso telegrama extendido al Orfanato de Cheyenne. Su cerebro era una especie de torbellino, de lugar tempestuoso, presto a estallar en cualquier momento.

Al menos antes era un hombre luchando por un objeto, con un móvil concreto y malicioso: ocultar su culpabilidad, jugar con la policía al ratón y al gato, procurando asumir el papel del gato en todo momento. Esconder pruebas, falsear evidencias, encerrarse en el caparazón de su propia culpa, para eludirla.

Pero ¿y ahora? ¿Qué era ahora, qué hacía ahora? Ni siquiera estaba ya seguro de si era culpable o inocente, si era un ser normal o un loco.

El doctor Sothern le había dado una esperanza al sugerir la posibilidad fantástica de la hipnosis. Pero, acto seguido, le lanzó encima su ducha de agua helada: no, él no creía en los crímenes «por cuenta ajena», y obedeciendo a un estado hipnótico. La hipnosis tenía otras aplicaciones y facultades. Difícilmente la de poder controlar a un ser humano hasta el punto de llevarle a matar.

Eso dejaba las cosas donde estaban. Porque él sabía que estuvo en el chalet de Marcia, sabía que utilizó las tijeras, que *mató*... Eso nadie podía cambiarlo. No era un sueño. Era real, tangible. Él estuvo allí.

Casi sin darse cuenta, se encontró frente a su casa. Era muy tarde. Apenas si disponía de tiempo para ir al club. Llegaría tarde al *show* de la cena. Nunca creyó que eso pudiera dejarle indiferente. Ahora todo era igual. Había tantas cosas demoledoras que aquello se convertía en un simple y pueril incidente.

Un automóvil se detuvo suavemente junto al bordillo, a sus espaldas. Cliff se volvió con brusquedad, dispuesto a que el teniente Brent no volviera a sobresaltarle con sus teatrales apariciones.

Pero estaba equivocado: no era Brent. Encontróse con un taxi detenido junto a la acera. Y por la portezuela abierta, asomaron unas bonitas piernas y un rostro encantador, enmarcado por rojos cabellos.

—Señor Stevens, buenas tardes —saludó Carol Francis, con una voz más suave y dulce que la de aquella noche en su alojamiento—. ¿Le molesto?

—Por supuesto que no, señorita Francis —se apresuró a decir Cliff—. La esperaba antes de ahora.

—Yo también deseaba verle anteriormente —suspiró la joven, saltando a la acera, ayudada por Cliff—. Pero la búsqueda en la bahía y el resolver los asuntos que mi

hermana dejó pendientes al desaparecer, me ha llevado mucho tiempo. Además, supe que usted ha tenido también problemas con una chica del local donde usted trabaja, que apareció muerta.

—Sí, de eso le habrá podido hablar extensamente el teniente Brent —observó Stevens, con ironía.

—No ha sido muy extenso, sin embargo. Pero he leído los periódicos. Comprendo cómo se sentirá, señor Stevens. ¡Oh, es muy tarde! ¿Iba usted a su casa ahora?

—Solamente para cambiarme. Tengo que estar en el club dentro de pocos minutos. Sin embargo, si quiere, podemos hacer una cosa. Suba conmigo y charlaremos. Luego, terminaremos de hablar, camino del club. Puedo dejarla donde prefiera. Todo eso, claro está, si se fía de mí.

—¿Por qué no había de fiarme?

Una leve sonrisa, algo amarga, flotó en los labios carnosos de Carol.

—Si ha leído los periódicos, lo sabrá. La asesinada era pelirroja y muy bonita. Como usted. Según el teniente Brent, yo pude ser el asesino.

—¡Oh, eso! —Carol hizo un gesto—. No me asusta usted, señor Stevens. No le creo un feroz coleccionista de pelirrojas asesinadas.

—Pues, entonces, vamos. Le prometo que no poseo ninguna tijera arriba. Ni hay luna llena esta semana.

—Torció el gesto, en una mueca de sarcasmo. —Creo que son bastantes garantías.

—Es usted incorregible. —Y fue la propia Carol quien se colgó de su brazo—. En marcha, señor Stevens.

* * *

—De modo que usted, Carol, está segura de...

—¿De qué Dave y Helen han muerto? Sí, totalmente segura.

—¿Por qué? ¿No le gusta alimentar esperanzas, ni ser optimista?

—No soy pesimista por naturaleza, si a eso se refiere. Pero el caso es muy claro. Los dos han muerto. Los restos hallados son evidentes. Ninguno ha aparecido nuevo. No hay heridos en hospitales ni clínicas que puedan ser ellos dos. No hay tampoco indicio alguno de que hayan podido salir del agua. En cualquier momento aparecerán los cuerpos. Pero ya no será impresión para mí. Sé que Helen ha muerto. Mi pobre hermana...

Cliff meneó la cabeza, afirmativamente. Él tampoco alimentaba esperanzas. No había razón para ello, y Carol hacía bien en ser realista. Miró al exterior, por la ventanilla del taxi. Iban a buena marcha, hacia el club. Carol a su lado seguía charlando como arriba en el apartamento. Con serenidad, con dulce y resignada calma. Era una chica inteligente y sensata. Eso en una mujer bonita resultaba francamente anómalo.

—Me habló usted antes de su hermana. Trabajaba en unos almacenes, ¿verdad?

—Sí, en los Bullock & Jones, de Union Square, sección de camisería. Era una dependienta muy bien considerada por la empresa. Y es una casa seria y solvente en San Francisco.

—Lo sé. Ahora yo le hablaré de Dave. O de lo poco que de él sabía. Era un muchacho del norte del país, había venido a California en busca del árbol de los frutos dorados, ese que buscamos todos y que nadie encuentra. Se colocó en unas oficinas y ganaba poco, como yo mismo en mi trabajo. Pero era feliz. Empezaba a situarse en Frisco, pese a los pocos meses que llevaba aquí. La señora Kenyon buscaba un nuevo cliente para la casa y me lo presentó. Me pareció bien. Pago poco alquiler y es lógico que tenga que hacer algunas concesiones, siempre a cambio de que el compañero de alojamiento me resulte grato. Con Dave simpatiqué en seguida. Era un buen chico. Alegre, jovial y divertido. No entendía la vida bohemia, como la mía. Pero congeniábamos, a pesar de ello.

—¿Helen no era una aventura para él?

—No lo parecía, ciertamente. Me parecía de esa clase de chicos que cuando se enamoran lo hacen a conciencia. Era feliz aquel domingo, al pensar que iba de excursión con Helen. Me habló de la canoa, del paseo que pensaban dar... ¡Dios mío! ¿Quién iba a figurarse que no le vería más?

—El teniente me ha dicho que él era su coartada más firme en el caso. O su peor testigo, si usted no estuvo en casa la noche en que mataron a la chica de su club.

—Es cierto. Con Dave he perdido mi última esperanza, Carol. Ahora todo depende de mí mismo, de que no surjan evidencias acusatorias y todo eso.

—Si es inocente, nada tiene que temer, Cliff.

—Las historias judiciales están llenas de condenados que eran inocentes. Y casi siempre se descubrió después de su ejecución.

—¡Dios mío, es horrible! —Se estremeció la joven.

—Perdone si soy desagradable. Con usted no tengo razón para serlo. —Se inclinó—. Pare, chofer. Aquí es.

Se detuvo el taxi. Saltaron a la acera. Cliff pagó y se detuvo con Carol ante la puerta luminosa del club. Parpadeaba la silueta en neón de una chica en *shorts*. Unas fotografías nada artísticas, tras un marco con cristal, pregonaban las excelencias de las atracciones femeninas del local.

—Éste es el cuchitril donde me meto varias horas al día, aporreando melodías en un piano —informó Cliff—. No la invito a pasar porque supongo que no se encontraría a gusto. Y mucho menos en su caso.

—Es cierto. Gracias de todos modos, Cliff. —Ella le sonrió, tendiéndole una mano—. Espero que seamos buenos amigos..., a pesar de cuanto sucede.

—Yo también, Carol. —La estrechó con calor—. Hasta siempre.

—Adiós, Cliff.

Stevens se encaminó a la puerta del club. Llegaba ya a la vidriera de acceso, cuando Andy, el botones, le vio. Corrió a él, agitándose su mechón rubio con la

carrera.

—¡Eh, señor Stevens, ya era hora! —avisó—. El jefe está que echa chispas, con su demora. Ha tenido que ponerse Edgar al piano, y el cochino de Gordon Wickers no para de despotricar contra usted.

—Gracias por el informe, Andy —sonrió Cliff, torcidamente—. Algún día romperé la nuez de ese apestoso de Wickers de un buen puñetazo.

—¡Ah, otra cosa, señor Stevens! —Rebuscó en el bolsillo de su chaqueta escarlata—. Me dieron un recado para usted por teléfono. Dijo que era un tal teniente Brent, que usted conoce.

—¡Oh, claro que lo conozco! Gracias. Es un buen amigo.

Tomó el papel doblado que Andy le tendía. Lo desplegó. La letra de Andy, desigual y torpe, resultaba, sin embargo, muy clara.

Leyó:

«De parte de Brent, para Stevens.

»Aparecieron los cuerpos en la bahía. Informe Carol si la ve. Usted lo hará mejor.

Gracias. Nos veremos.

S. Brent».

Se volvió vivamente, en redondo. Miró a la calle. Vio a la muchacha del pelo rojo, inclinándose hacia la portezuela de un taxi que había logrado detener, algo más allá del club. Aún era tiempo.

Penosamente, echó a andar hacia la calle de nuevo.

Que esperasen Bearle y Wickers, y todos los demás. Que esperasen otro rato. Aquello era más importante.

—¡Eh, Carol! —llamó. Se volvió hacia él. Vio el papel en su mano. Palideció. Cliff comprendió que ella intuía, *sabía*... Respiró hondo y añadió—: Carol, espere un momento...

CAPÍTULO VII

—Sí, es Helen... Es Helen... a pesar de todo...

Luego, rompió a llorar y se apartó. El teniente Brent respiró con fuerza, ayudando al sargento Baker, de la Patrulla Costera, a llevar a Carol Francis hacia otro lugar menos impresionante que aquél.

Ahora le tocaba a él. Cliff Stevens dio unos pasos. El policía, de uniforme azul, tomó un extremo de la sábana y lo alzó. Cliff retrocedió, con expresión descompuesta.

—En la bahía hay peces, Stevens —dijo roncamente el teniente Brent a su espalda, regresando al Depósito—. No puede extrañarse...

Agua, peces... y siete días sumergido. Sí, uno se queda así después. Helen no estaba mucho mejor. Para su hermana había sido un rudo trance la identificación.

—¿Le reconoce, a pesar de ello?

—Sí. Es su cabello, sus ropas, su figura... Sí, es Dave. Aunque supongo que eso ya no cuenta mucho.

—No, claro. Simple rutina. Pero ha de hacerse. Vamos ya, Stevens. Y gracias.

Salieron. El Depósito de la Zona de Fisherman's Wharf estaba en un luminoso lugar de la había. Ahora, de noche, las luces cabrilleaban en las aguas, procedentes de embarcaderos, de barcas pesqueras a miles, de restaurantes típicos y de marisquerías, al borde del mar.

Un bello lugar Fisherman's, pensó Cliff. Dave Wilburn lo eligió para una excursión dominical. Y terminó en esto...

—¿Dónde estaban? —preguntó Cliff, ya en el exterior, respirando el aire salobre y húmedo.

—En el fondo —explicó el sargento Baker—. No hubo suerte, porque al volcar la canoa motora, debieron enredarse con un cable, al que iba enganchado un lastre de hierro. El peso les arrastró al fondo, y les dejó sujetos entre dos bancos rocosos. Hay allí cangrejos, peces y todo eso... No se pudo conseguir más.

—Sí, ya lo imagino...

Se alejaron por el borde del embarcadero. De pronto, el teniente habló:

—Es curioso... Parece como si todos los que se relacionan con usted, tuvieran mala suerte. Stevens. Todos mueren violentamente...

—¿Qué quiere decir? —Se irritó Cliff, parándose en seco y enfrentándose con el policía.

—Vamos, no se excite. Es un simple comentario.

—No me gusta su comentario. Sugiere una coincidencia maliciosa. Ya le dije que si creía que yo era también el asesino de Dave y de Helen...

—Yo no creo nada de eso. Esto ha sido un accidente, amigo mío. ¿Por qué se enfada?

—Escuche, teniente. Le conozco bien. Usted me recuerda a los buitres que

revolotean sobre su futura presa, esperando que agonice para picotear la carroña. Yo aún no estoy muerto, aún aliento, y usted se limita a planear sobre mí, en espera de su momento. Pero le aseguro que va a tener que esperar mucho aún, para saciar su apetito.

—Un símil muy desagradable, Stevens —suspiró el policía—. Pero lo olvidaremos. No tengo el menor apetito. Pero sí le voy a pedir algo.

—¿Qué es ello ahora?

—Oh, un simple trámite —extrajo un bloc de notas del bolsillo. Parecía nuevo, sin estrenar. Crujió al abrirlo. Extrajo también un bolígrafo, y lo tendió todo a Cliff—. ¿Quiere escribir allí lo que yo le dicte, por favor?

Cliff se envaró. Advertía el peligro, la trampa. Pero no podía negarse. Aun así, lo sugirió:

—Suponga que me negase, teniente.

—No puede hacerlo —advirtió fríamente Brent—. Es una pesquisa policial. Necesito su muestra de letra, ya que parece saber bien por dónde voy. No sólo la suya, sino otras. Al que se niega, puedo hacerle arrestar, hasta que escriba lo que pido, en jefatura. ¿Qué elige?

Cliff sonrió, burlón. Se dominó, y tomó ambas cosas.

—Dije que supusiera usted una negativa, no que fuera a darla —observó sutilmente—. Deme, teniente.

—Escriba: «*Marcia Atkins. 347, Rincón Road. —Hill Village*». Debajo, ponga su nombre. Es todo, gracias.

Recogió librito y bolígrafo. Cliff respiró hondo, secándose en el pantalón las palmas húmedas de sus manos, con una breve fricción.

—Ya está —dijo secamente—. Espero que sea la prueba definitiva.

—Yo también —rió el policía—. Pero no estoy tan seguro de eso. Bien, Stevens, ahora puede volver a su club, si lo desea. Ya le retuvimos demasiado tiempo.

—Es muy amable, teniente —Cliff se inclinó ante él y el sargento Baker—. Buenas noches.

—Hasta pronto, Stevens —se despidió Brent.

Cliff supo que era una despedida casi amenazadora. El anuncio de que el momento de cerrar el cepo sobre él, no estaba lejos. Quizá en cuanto un perito Calígrafo revisara aquel escrito, y lo cotejara con el detectado por los laboratorios en el librito de fósforos...

* * *

La velada estaba terminando. Jamás le pareció tan larga a Cliff Stevens.

Unas parejas bailaban, estrechamente fundidas, por la pista en penumbra. Otras parejas, dispersas en los rincones, se dedicaban a lo mismo, pero sin bailar. Todo dependía del gusto de cada cual. O de su amor a la música.

Ni siquiera parecía música lo que tocaban. Gordon Wickers tocaba desganadamente la batería. Él, tecleaba sin entusiasmo. El resto del conjunto, se dejaba ganar por el contagio.

En un breve intermedio, el contrabajo, Edgar, se puso a resolver su habitual problema de palabras cruzadas. Luego, dejó el periódico sobre el piano, doblado por el cuadriculado blanco y negro, salpicado de letras y borrones. Reanudaron la música. Dos piezas más, después de aquélla, y la velada terminaría.

El reloj parecía arrastrarse, perezoso, como las propias parejas supervivientes. La mirada de Cliff, vagaba de las teclas a la partitura, que no precisaba mirar, a las mesas, a las siluetas de hombres y mujeres enlazados, al piano de nuevo... Se fijó de pronto en el periódico de Edgar.

No eran las palabras cruzadas las que atraían su atención, sino aquel recuadro grande, situado junto al pasatiempo. Era un anuncio vulgar, uno más de la inmediata columna, dedicada a espectáculos. Lo leyó:

«¡ULTIMAS ACTUACIONES DEL GRAN CIRCO DEL OESTE!

»¡Adiós a San Francisco, del gran espectáculo de Bob Hickey, Jr., en su sensacional jira por la costa del Pacífico! ¡Diviértase con la sana alegría del circo y de sus atracciones internacionales, únicas en los Estados Unidos!

»¡Con las fieras más impresionantes de África, con los grandes acróbatas Les Andrioni, con la escultural y audaz «Miss Trapecio», con los clowns musicales Geek y Geert, con la magia fascinante de la fuerza misteriosa de Magnus, «El Dominador», el hombre de los ojos sobrenaturales, amo y señor de voluntades!

»¡NO SE PIERDA LOS ÚLTIMOS DÍAS DEL GRAN CIRCO DEL OESTE!

Cliff Stevens paró en seco la pieza, crispando las manos en el teclado, con un último porrazo. Atónitos, le miraron Edgar y Wickers. Se detuvieron las parejas un momento, aunque rápidamente siguieron los demás, sin ritmo de piano, para cubrir el bache.

—¡Vamos, Cliff! ¿Te has vuelto loco? —Gruñó Wickers—. ¡Toca, toca...!

—Mira, ahí viene el patrón —avisó Edgar, señalando hacia la escalera, por la que descendía Howard Bearle, con expresión furiosa—. ¡Se va a armar buena, Cliff! ¡Vamos, toca!

Pero Stevens no hacía caso a ninguno. Miraba fijamente, como hipnotizado, el dibujo donde se mezclaban fieras, payasos, acróbatas y la faz extraña, dominadora de Magnus... Magnus, con los ojos despidiendo rayos de luz, que adormecían a un paciente...

¡Magnus, su vecino de alcoba!

Se incorporó de un salto, abandonó el piano y el tablado de la orquesta, cruzó la pista con paso largo y rápido, con una idea fija en su mente. Bearle se interpuso, trató de detenerle:

—¡Eh, Stevens, vuelva a su trabajo! ¡No es todavía hora de terminar! ¡Vuelva... o queda despedido!

Cliff no le hizo caso. Incluso le apartó con violencia, antes de seguir, a largas zancadas, camino de la salida. ¿Qué le importaba a él su empleo, el puñado de dólares, ganados a fuerza de aporrear el piano ante partituras deleznable, si lo que ahora estaba en juego era su vida?

Sentíase tan seguro ahora... Tan convencido de que todo podía ser una trama, una conspiración maléfica contra él...

Tenía que hacer algo ahora. Algo urgente, preciso, imprescindible:
¡Encontrar a *Magnus*!

* * *

—¿*Magnus*? ¿Se refiere a su vecino de alcoba, señor Stevens?

—¡Sí, sí, señora Kenyon! ¡A él me refiero! ¡No puede haber otro!

La patrona estaba en pie, ante él. Con mal humor, con la irritación de quien ha sido levantado violentamente, a horas avanzadas de la noche, para una pregunta estúpida. Se arrebujaba en su bata color marrón, y su cabeza alargada, de rizos absurdos, asomaba por encima de las vueltas negras de sus solapas.

—Lo siento, señor Stevens, pero ese huésped se despidió ya esta mañana...

—¿Cómo?

—Sí. Creo que terminaban esta noche... Quizá aún llegue a tiempo, si va al circo. De aquí se llevó sus cosas, de modo que no volverá...

—¡No volverá! —Furioso, dio media vuelta, se alejó a la carrera, sin despedirse siquiera de la señora Kenyon.

Salió a la calle. De pronto recordó que ni siquiera sabía dónde habían instalado el circo. Su entoldado estaría en algún lugar de Frisco, pero ¿dónde?

Detuvo un taxi y le preguntó. El taxista se encogió de hombros. No tenía la menor idea. A pesar de ello, tomó el coche. Se detuvieron, preguntando a un agente del tráfico.

Tampoco supo informarles. Pero tras telefonar a algún sitio, volvió para darles el dato requerido. El Gran Circo del Oeste se albergaba con su amplia carpa en un descampado de Bayshore Freeway.

Le dio las señas exactas al taxista. Éste asintió. Poco después, corría como una centella a través de la Tercera Avenida, hacia el sudoeste del casco urbano de San Francisco.

* * *

En Bayshore Freeway, no había nada.

Solamente charcos de agua en la tierra removida, huellas de estacas claveteadas, de anchos neumáticos que hincaron su dibujo en el barro de los días anteriores. Y un

vacío oscuro, desolador, frente a la hilera de edificaciones, en su mayoría restaurantes, bares y establecimientos de bebidas. Todos habían cerrado ya, y ofrecían sus ventanales en sombras, a excepción de un pequeño local situado junto a la carretera.

Sin despedir el taxi, Cliff se detuvo allí. Entró en el local. No había más que una mujer muy pintada, empolvándose ante un espejito. Le sonrió, por encima de la capa de maquillaje de su rostro. Llevaba medias color humo. Y las exhibía a fondo. Un hombre limpiaba el mostrador, entre bostezos. A él se dirigió Stevens.

—Oiga, amigo, busco un circo —dijo.

—¿Sí? —El otro volvió a bostezar. Añadió un parpadeo, sin duda para lograr mantener abiertos sus ojos—. Pues yo no lo guardo aquí. Pero si quiere registrar...

—Muy gracioso. Póngame un *brandy* —echó un dólar sobre el mostrador—. Y dígame adónde fue ese circo, tan rápido.

—Oh, el Gran Circo del Oeste —soltó una risita burlona, tomando una botella de *brandy*, que escanció en una copa donde aún se advertía *rouge* de labios femeninos—. ¿Se refiere a ése, amigo?

—Sí, a ése me refiero. Dijeron que actuaba esta noche. Pero veo que levantó el vuelo muy de prisa...

—No actuaron hoy. Eran tan buenos que la gente se sentía acomplejada y no venía —soltó una carcajada—. Anoche terminaron. Levantaron el campo y se largaron.

—¿Cuándo?

—Hoy. Creo que se fueron a media tarde. Pero eso no lo sé, seguro.

—¿A dónde iban?

—¿Y yo qué sé? Oiga, amigo, ¿se cree que soy representante de la compañía? Pues se equivoca. Esos tipos hacían poco gasto. Era un circo de la legua. No sé cómo tocaron en San Francisco, la verdad...

Cliff respiró con fuerza. No sacaría nada allí. Era inútil perder tiempo. Salió del local, sin probar el *brandy*. La mujer de las medias color humo le sonrió. Y le enseñó más media y más relleno de media. Pero perdió el tiempo. Si el *brandy* no le gustaba, la mujer menos.

—Bueno, ¿volvemos? —rezongó el taxista.

—Creo que sí —Cliff, cansadamente, se metió en el taxi. Luego, de súbito, tuvo una corazonada—. ¡Espere! ¿Cree que por esta ruta se puede ir a muchos sitios?

—Si se refiere al circo, mire ahí —señaló las huellas de ruedas en el barro—. Se dirigen por Bayshore Freeway adelante, no hay duda.

—Por ahí, ¿qué sitios están cerca de San Francisco?

—Hay algunos. San Mateo, pero está demasiado cerca. Si se estira un poco más, se encontrará con San Carlos, Santa Clara... Monterrey, King City, San Luis, Los Ángeles... Nunca se sabe dónde terminará la ruta.

Cliff no dijo nada. Estaba revisando su capital. Disponía de cincuenta y siete

dólares, sobrante de su sueldo. Escaso caudal para intentar nada. La cuenta del taxímetro subía ya demasiado.

Pero era preciso intentarlo todo. Quedándose en San Francisco, a esperar el arresto por parte del teniente Brent, no adelantaría nada. Se inclinó hacia el chofer.

—Oiga, necesito seguir por Bayshore Freeway. ¿Está dispuesto a llevarme?

—¿Hasta dónde?

—No lo sé. Depende de donde esté ese circo. En el camino, los circos acostumbran a fijar carteles anunciadores. Posiblemente en San Mateo o en San Carlos encontremos algo de eso. ¿Le parece bien?

—Mire, amigo. Mientras usted pague el importe de la carrera, y me deje libre antes de las cinco, para poder estar a las seis en Frisco, yo...

—Trato hecho —Cliff le tendió veinticinco dólares—. Tome esto ahora. Es una garantía. Si asciende a más, cobrará todo. Y una propina generosa. ¡Pero por Dios, tenemos que salir en seguida! Es cuestión muy grave, quizá de vida o muerte, que yo encuentre ese circo.

—Bueno, usted sabrá —el taxista se embolsó el dinero. Aferró el volante—. Vamos allá. Ojalá tenga suerte y no lleguemos a Hollywood, sin ver un solo cartel. Estaría bonito que esos saltimbanquis fueran a México sin detenerse. Mal le iba a ir la cosa entonces.

Cliff se estremeció. Había pensado en ese riesgo ya. Sabía, además, que su dinero no le daría para pasar en taxi más allá de Monterrey. Pero era preciso jugarse el todo por el todo. La hora de las indecisiones y las dudas, quedaba atrás.

El automóvil de alquiler arrancó a toda marcha, por la amplia cinta asfaltada de Bayshore Freeway, o carretera de la costa.

Iban en pos de un circo pueblerino. Siguiendo la pista a unos oscuros artistas mediocres, ocultos bajo la carpa de lona multicolor. Parecía grotesco, ridículo.

Pero entre esa gente, estaba *Magnus*, el hombre del poder hipnótico, el vecino de alcoba de él y Dave. El doctor Sothern había hablado de hipnotismo...

Tal vez, después de todo, la pista no era tan absurda como parecía.

CAPÍTULO VIII

Los faros del coche resbalaron, terminando por clavarse en el cartel de mil colores, chillones y mal armonizados. Las fieras, los payasos, los acróbatas, el sugestionador de cabellos leoninos...

Cliff abrió la portezuela del taxi, saltó a tierra y pasó febrilmente sus ojos por el rótulo adherido sobre el afiche, en aquel muro de San Carlos:

¡DOS ÚNICOS DÍAS DE ACTUACIÓN! GRAN CIRCO DEL OESTE. SANTA CRUZ.

—¡A Santa Cruz! —Gritó al taxista, penetrando violentamente en el coche—. ¡Ya lo tengo!

—Hubo suerte. Eso no está lejos. En un momento estaremos allá...

El taxista cumplió su palabra. Apenas veinte minutos más tarde, el taxi alcanzaba Santa Cruz, tras una carrera vertiginosa por la ruta. Frenó en una amplia plaza, de aspecto típicamente hispano. Allí eran varios los carteles que anunciaban el circo. La población aparecía desierta. Más allá, la ciudad se americanizaba por completo, en su ancha calle, cuya calzada era la de la propia carretera, bordeada de surtidores de gasolina, paradores, establecimientos y *drugstores*.

El resplandor de unas luces potentes, asomaban por detrás de la vieja iglesia española y las tapias encaladas de varios edificios. Señaló Cliff una calle lateral.

—Por ahí. Creo que están montando el circo...

Penetró el taxi por aquella calle. El empedrado hizo saltar el vehículo bruscamente, hasta desembocar en un amplio claro, que iniciaba las afueras de la población. Poco más allá, las tapias y jardines de una zona residencial, volvían a conducir al interior de Santa Cruz.

En el claro, numerosos focos, plantados en el suelo o en el techo de camiones y transportes con vivienda, ayudaban a los hombres y mujeres que, en mono o en batín, se dedicaban a montar con celeridad una modesta carpa circense de no muy amplias dimensiones.

Un hombre de pantalón y camisa caqui, con gorra de plato y ostentoso emblema con el nombre del circo y la faz de un payaso, bordado en colores, les detuvo cuando intentaron pasar.

—¡Alto! —avisó—. Estamos levantando un circo, señores. No pasen, por favor. Podrían derribar algún poste, al arrollar los cables...

El taxista frenó. Cliff saltó a tierra, y se movió hacia el hombre, procurando no excitarse, para no provocar la alarma u hostilidad del empleado.

—Está bien, no pasamos de aquí —asintió—. Ustedes vienen de San Francisco, ¿verdad?

—Sí —el hombre le estudió con recelo—. ¿Por qué le interesa? ¿Qué busca aquí, señor?

—Busco a uno de sus hombres. Un empleado de este circo.

—¿Por qué? ¿Ha hecho algo malo?

—Podía decir que sí. Pero estaba seguro de que no sería buena táctica. Sabía lo que era la gente que va por el mundo, de circo, de teatro o de algo parecido. Se protegen entre sí, por un espíritu de camaradería, mal entendido a veces.

—Oh, no, no —se apresuró a decir, astutamente—. Nada de eso, ni mucho menos. Por el contrario, vengo a entregarle algo que se olvidó en Frisco, en su pensión.

—¿Sí? ¿De quién se trata? Aquí, casi todos llevamos coche-vivienda. Muy pocos viven en pensiones, fuera del circo...

—Me refiero a *Magnus*. Era huésped de mi pensión —mintió fríamente—. He encontrado algo suyo. O que puede ser suyo. Y es valioso. Necesito verle para dárselo.

—Bueno, puede dármelo a mí, y yo se lo entregaré —dijo el otro.

—No, no —replicó Cliff, tajante—. No es falta de confianza en ustedes. Es que tengo por norma devolver personalmente los objetos a mis huéspedes, si los olvidan en casa.

—Bien. En ese caso, no tengo nada que decir —respondió el otro—. Espere aquí un momento. Ahora le atenderá el señor Hickey. Es el dueño del circo. Y el único que autoriza a visitar los carros-vivienda. ¡Eh, señor Hickey, venga acá!

Gritó el nombre, agitando sus brazos hacia un punto donde, bajo la luz de los focos, varios hombres alzaban un poste, hincándolo en tierra. Un hombre se volvió. Era atlético, de mediana edad. Avanzó hacia ellos.

—Mi nombre es Bob Hickey, Jr. —Explicó con una sonrisa, estirando una mano callosa, ancha y cordial, que Cliff estrechó de buen grado—. Soy director-propietario del circo. Usted dirá qué se le ofrece, señor...

—Brown —se apresuró a explicar Cliff, mintiendo de nuevo—, James Brown. Tengo una pensión en Frisco. Y uno de sus hombres se dejó algo de valor allí. He venido en su busca para entregárselo.

—Diablo, sí que es usted honrado —el otro se rascó la cabeza—. Bien, señor Brown, ¿a quién tiene que ver? Poca gente nuestra reside en pensiones...

Lo sé. Busco a *Magnus*, «El Dominador».

—¿*Magnus*? ¿Fue él quien olvidó algo en su casa?

—Sí.

—Pues lo siento, pero ha hecho su viaje en vano, señor Brown.

—¿Por qué? —Cliff sintióse invadido de repente por el desaliento.

—*Magnus* terminaba su actuación con nosotros en San Francisco. Ayer mismo se despidió, tal como estaba convenido. Ya no está en el circo, señor...

* * *

Cliff Stevens inclinó la cabeza. Se cubrió el rostro con la mano, procurando dominar su decepción, su ira. Era como tenerlo todo en contra.

—¿Le ocurre algo, señor Brown? —se interesó, sorprendido, el dueño del circo.

—No, no, nada —Cliff respiró, irguiéndose de nuevo. Forzó una sonrisa—. A veces me dan mareos, cuando me precipito a hacer las cosas. No es de importancia. Gracias, de todos modos.

—Si puede servirle de ayuda, señor Brown, le diré que *Magnus* salió con nosotros de San Francisco.

—¿No se quedó en la ciudad, entonces?

—No. Abandonó la caravana en un lugar del camino. Pero no sé exactamente dónde. Eso lo sabe Monty, que conduce los coches-alojamiento, y hubo de parar para dejarle. Espere, iré a preguntárselo.

Se alejó Bob Hickey, Jr. Cliff, nervioso, esperó. Por fin, regresó el dueño del circo. Sonreía, con su ancha cara maciza.

—Ya lo tengo —dijo, parándose ante Cliff—. Vuelva y deténgase en Davenport. Allí está *Magnus*.

—No sabe a dónde habrá ido, ¿verdad? Buscar a un hombre en una población, por pequeña que sea, llevará tiempo y dificultades...

—Monty no sabe eso. Pero dice que en varias ocasiones actuó él en Davenport con otros espectáculos. Y siempre se alojó en el Star Hotel. No es propiamente un hotel, sino una pensión barata, a pesar de su nombre. Tal vez *Magnus* haya ido allá...

—Tal vez. Gracias por todo, señor Hickey.

De nada, amigo. Las gracias, tendrá que dárselas *Magnus* a usted. Pero mucho lo dudo. Es un tipo raro y poco amable.

—¿Es bueno como artista? —inquirió Cliff, como al azar.

En su trabajo, es un buen número —asintió Hickey—. Hipnotiza realmente a los que se prestan a ello. Incluso su *médium* sufre auténtica hipnosis durante el número. Lo he comprobado varias veces.

—¿Su *médium*? No me dijo que tuviera *partenaire*.

—Oh, él nunca dice demasiadas cosas. *Madame Duval* es una *partenaire* ideal. Débil de espíritu, con escasa voluntad. Fácil de sugestionar y domeñar. Con ella, ni siquiera utiliza el truco del espejo o el llavero oscilando ante sus ojos, para dormirla y obligarla a hacer su voluntad.

—¿Un llavero? —Algo pasó por la mente de Cliff. Algo Oscuro, borroso. Una luz oscilando en las sombras, un relampagueo plateado, repitiéndose monocorde, inexorable, ante sus ojos. Una luz en forma casi circular, repetida, centelleante, cegadora, hasta adormecerle, hasta hacerle olvidar quién era...

—Sí, ya sabe usted... —Hickey sonrió, agitando su dedo en forma pendular ante Cliff—. Eso hace fijar la vista del paciente en un punto. Y el hipnotizador hace el resto, durmiendo a su víctima.

—Entiendo. Pero hay tanto farsante en ese terreno...

—*Magnus* no es un farsante. Podría decírselo ahora que no trabaja para mí. Pero no lo es. Ignoro si tendrá otro contrato, para haberse largado. El pobre diablo nunca dispuso de dinero suficiente para despedirse. Pero eso son cuestiones tuyas, no mías.

—¿*Madame Duval* también se despidió?

Por fuerza. Pero ella se quedó en San Francisco. Al terminar con *Magnus*, se iba por su lado. Ahora, él tendrá que buscar otra compañera para su número.

—Suponiendo que piense seguir haciéndolo —apuntó Cliff, iniciando el regreso al taxi.

—¿Qué quiere decir? —se extrañó Hickey, hijo.

—Nada. ¿No le ha dado la impresión de que *Magnus* pensaba abandonar el circo, al despedirse de ustedes?

Y sin esperar respuesta, agitó su mano en señal de gratitud, subió al taxi e indicó al chofer que arrancase. Cuando ya lo hacía éste, gritó el dueño del circo:

¡Eh, oiga! ¡No me ha dicho lo que se dejó *Magnus* en su casa!

—¿Qué más da eso? —Cliff se encogió de hombros—. Pudo ser unas tijeras... o el cadáver de una pelirroja...

El rostro de Hickey reveló enorme estupor. Se quedó como clavado en tierra, mientras el taxi se perdía en la calle empedrada, de regreso a Bayshore Freeway.

* * *

Había tenido razón Bob Hickey, Jr. El Star Hotel era un edificio antiguo, con sabor a la vieja California del mil novecientos. Un edificio gris, severo, de grandes ventanales, porche descuidado, cortinajes oscuros en las ventanas, y una sola planta sobre la inferior. El cartel donde rezaba el nombre, apenas iluminado por una bombilla de no muchos vatios, tenía las letras descoloridas y rascadas.

El taxi se detuvo en una esquina inmediata. El chofer indicó, señalando su reloj:

—Se está terminando mi tiempo, señor. Debemos volver sin perder momento a Frisco.

—Sí, lo sé. Apenas estaré ahí un momento. Si no encuentro a *Magnus*, volveremos de todos modos —dijo Cliff cansadamente.

No quería, no podía fracasar otra vez. No disponía apenas de dinero para pagar el viaje en taxi. Y estaba despedido, sin trabajo..., a punto de ser arrestado como asesino de una muchacha. ¡Precisamente ahora...! ¡Ahora que estaba SEGURO de que él *no era culpable!*

Empujó la puerta vidriera del hotel. Estaba abierta. Pero una campanilla repicó violentamente, rompiendo el silencio nocturno. De un «comptoir» lateral, emergió una cabeza lanuda, canosa, una faz ancha y malhumorada.

—¿Qué desea? —Pidió el hombre—. ¿Es moda ahora viajar a estas horas de la madrugada?

Cliff podía haber preguntado por *Magnus*. Pero no era buena política. No podía hacerlo así, o el hombre le echaría con cajas destempladas. Su propia frase irritada le dio un medio más hábil. Siempre el engaño para seguir adelante...

—¿Tiene habitación? —demandó, por toda respuesta.

—Alguna habrá —rezongó el hombre—. Son cinco dólares diarios.

Podía ser un cuchitril inmundo. Pero cobraba precios de primera categoría. Con un suspiro, tiró un billete de cinco sobre el mostrador. Sus reservas se agotaban rápidamente.

—Démela. Le pago un día por adelantado. No sé si me quedará ocho o diez. Mañana lo sabré.

—Muy bien. Me tiene sin cuidado los días que se quede. El precio no varía —gruñó el otro, tomando un libro grueso, de tapas de cartón sucias de grasa y tinta—. Firme ahí. Es el registro.

Cliff lo hizo. Pero no con su nombre. Una vez más utilizó el falso: James Brown. Mientras lo hacía, con el rabillo del ojo miró al hombre. Estaba descolgando una llave de un tablero. Comprobó que solamente faltaban dos en el cuadro. Se fijó en las cifras: los números 8 y 3. A él le daban la número 11.

No dijo nada. Cualquier pregunta, podía estropearlo todo. Se preguntaba dónde estaría *Magnus*. Vio su firma en el libro-registro, dos casillas más arriba. La otra la ocupaba una firma ilegible, un John No-sé-cuántos. Pero allí no figuraba el número de cuarto.

Tendría que hacer dos pruebas, o fiarse del azar. Subió al piso alto, explicando:

—Mañana llegará mi equipaje.

—Muy bien. Mientras pague por adelantado, me tiene sin cuidado que tenga equipaje o no —respondió, con escasa amabilidad, el hombre del «comptoir», volviendo a su sueño en una butaca de peluche rojo, descolorido y sucio.

Cliff alcanzó la planta alta. Un pasillo lóbrego y frío, con puertas a ambos lados.

Números pares a la derecha. A la zurda, impares. Como en todas partes.

Dejó que el azar eligiera. Los alquilados eran los números 3 y 8. El suyo, el 11. Por orden numérico, acaso el 3 era la habitación de *Magnus*, que había llegado antes que el segundo cliente.

Se resolvió por la tres. No pasó de allí. Contempló la cerradura. Era vulgar. Miró su llave. Vulgar también. Acaso todas las llaves servían para cualquier cerradura. En aquella casa, era lo más probable.

Probó fortuna. Introdujo la llave. Muy suavemente, sin producir apenas ruido. Con un leve chirrido, giró la llave. Servía. Podía abrir la puerta.

Sonrió duramente. Ahora, *Magnus* tendría algo que explicar. Empujó suavemente la puerta. Cedió con un largo, lastimero crujido. Fue abriéndose, hasta mostrar una habitación oscura.

Cliff entró. Pisaba muy despacio. Vio las sombras de los muebles, destacando en la penumbra, contra el rectángulo del ventanal, iluminado por la claridad de la calle

muy tenuemente.

Con lentitud, fue cerrando la puerta tras sí. Se mantuvo erguido, apoyada la espalda en la hoja de madera. Estiró despacio el brazo derecho. Se guiaba por puro cálculo mental. Pero estaba acertado. Tocó la llave de bakelita de la luz. Rápido, giró ésta con un brusco movimiento de su mano.

La luz amarilla de una lámpara, colgando alta en el techo, le cegó por un momento. Parpadeó, acercándose con paso rápido a la cama donde reposaba el ocupante de la habitación. Reconoció en el acto sus grandes ojos, oscuros y profundos, su ancha faz, su cabeza de leonina melena, blanca y muy larga...

Había tenido suerte. Era la habitación de *Magnus*, el «Dominator»...

Pero se detuvo en seco al borde de la cama. Justamente cuando descubrió que *Magnus* estaba muerto.

CAPÍTULO IX

—¡Muerto...!

El susurro escapó de sus labios crispados, frente a la figura yacente del hipnotizador del circo de Hickey, Jr. Su mirada atónita examinó el pecho del hombre, bañado en sangre... *¡con unas tijeras hincadas hasta la empuñadura en su corazón!*

Era espantoso el espectáculo. Cliff sintió náuseas, se tambaleó, retrocediendo unos pasos. Entonces comprendió que él jamás pudo haber esgrimido un arma así, y mucho menos pudo ser capaz de agredir, de matar...

El horror del hallazgo superaba todo lo previsible. Había ido con el ánimo de ser implacable con *Magnus*, si éste negaba saber algo del asunto. Pero ahora, ante su cadáver, comprendía que jamás hubiera sido capaz de hacerle daño serio, de herirle fríamente.

La mirada vidriosa del hipnotizador, resultaba escalofriante, con las pupilas dilatadas, casi saliendo de sus órbitas... Mirando al techo, sin ver. Llevándose consigo su secreto. El secreto de la muerte de Marcia Atkins, en San Francisco. El secreto de la inocencia de Cliff Stevens en aquel caso criminal inexplicable.

En la calle, sonó un claxon por dos veces. Cliff, sobresaltado, alzó la cabeza. Aquel taxista le había dicho que tenían el tiempo justo. Tenía prisa por regresar a Frisco.

Se resolvió. Inclínose, sacando de debajo de la cama una maleta vieja, casi ruinosa. Contempló las descerrajadas cerraduras de ambos lados. Los cierres, pendían, rotos.

La abrió. Su contenido era irrisorio. Ropas viejas, zapatos gastados, calcetines sin color, con mil zurcidos. Unos libros de magia. Un folleto con un gran ojo dibujado en su portada, y el título debajo: *MISTERIOS DE LA SUGESTIÓN*. Lo apartó todo, furioso.

No había nada más. Sí, algo más. Un sobre. Un sobre grande, de papel manila, con capacidad para hojas del tamaño folio. Abierto, sin pegar. Y sin nada dentro. Pero su forma abultada, daba a entender que había contenido algo. Y había algo escrito. A pluma, con una letra muy cultivada. En alemán.

Leyó: «Memorias de Albert Wakkerman», «Magnus».

Las memorias del pobre diablo habían volado. Rebuscó furiosamente en la maleta, tirando a un lado y a otro ropas sucias y arrebujadas descuidadamente. Se inclinó con rapidez sobre algo: un billete de cien dólares. Encontró otro más allá. Y otro, metido dentro de una camisa arrugada. Trescientos dólares. Billetes nuevos, tersos. Demasiado dinero para llevarlo así *Magnus*.

Lo guardó consigo, junto con el sobre de papel manila. Luego, clavó su mirada en un último objeto, dentro de la maleta. Una carpeta de cartón, como las utilizadas por algunos escolares. Cartón verde, con gomas en sus ángulos. La abrió. Había cuartillas dentro. Y hojas de tamaño folio. *A Magnus* le gustó escribir, sin duda. También había

papel secante sin utilizar. Tres hojas. Y en medio, casi adherida con ellas, otra hoja poco utilizada, con los caracteres nítidamente impresos, aunque no completos. Resultaba raro que no hubiese ninguna muy utilizada.

Dobló la hoja de secante utilizado, guardándola junto con el dinero y el sobre. Después, dejó la maleta. Fuera, el claxon repitió, obstinado, su llamada. Cliff se humedeció los labios, procurando no ponerse nervioso.

Irguióse, contemplando de nuevo al muerto. Tenía los brazos caídos, en cruz. Una mano abierta, extendida, como un gesto de vivo horror. La otra, cerrada, crispados sus dedos férreamente...

Algo brillaba entre los dedos. Algo plateado, reluciente... Rápido, trató de abrirle los dedos. Aún estaba caliente su piel. No hacía mucho que le mataron. Cliff pensó rápidamente en alguien: *el segundo viajero*. El cuarto número 8...

Ahora no habría nadie allí. El que mató a *Magnus*, escaparía en seguida. Su forcejeo sirvió de algo, en tanto que en la calle, el taxista insistía, una vez más.

Cliff Stevens logró apartar los dedos. Extrajo una cadena de plata, con un arete roto, en un final. Y con una herradura del mismo metal al lado opuesto. Un Llaverero. Un llaverero roto, sin llaves...

Miró la herradura. Tenía grabadas dos iniciales: M. A.

M. A... Marcia Atkins. Eso coincidía...

Súbitamente, se volvió con sobresalto. La puerta se había abierto de golpe. En su umbral, apareció un hombre. Era el conserje del hotel. Su grito ronco, brotó impetuoso:

—¡Ladrón! ¡Está robando la habitación...! —Sus ojos se abrieron enormemente al ver a su huésped, ensangrentado sobre el lecho—. ¡Le ha matado! ¡Asesino! ¡Ya hice yo bien en sospechar algo...! ¡Socorro, policía..., hay un asesino en...!

Cliff no podía perder tiempo y esfuerzos en disuadirle de aquello. Además, probablemente no lo conseguiría. En vez de eso, se abalanzó sobre el hombre. Bastó un solo directo, duro y enérgico, conectado a su mandíbula. El hombre gimió, y se derrumbó como un fardo, perdido el conocimiento.

Echó a correr Stevens. Nadie aparecía en el corredor, como ya había previsto. Salvó las escaleras a saltos, llegó al vestíbulo, y allí recobró su compostura, estirándose la americana, y avanzando con calma hacia la puerta. Abrió la vidriera, con su campanilleo furibundo, y pisó el porche. Cerró tras sí con calma, muy serenamente. Luego, se acercó rápidamente al taxi.

—¡Gracias a Dios que llega, amigo! Me hará llegar tarde a casa. Y a mi mujer no le gusta que alargue el servicio. Según ella, ya es demasiado largo...

Me entretuve con ese amigo —sonrió Cliff, muy sereno—. Vamos, en marcha ya.

—¿No llegó a ningún acuerdo amistoso con él? —Gruñó el taxista poniendo el taxi en marcha—. Me pareció oír gritos hace un momento.

—Oh, no era conmigo —rió Stevens, con la mayor sangre fría—. Se había irritado con el conserje, porque no me dejaba entrar a verle. Le está metiendo una

buena bronca ahora...

El taxi se alejaba ya de la plaza, y del Star Hotel. Cliff miró por la ventanilla posterior. El rectángulo da luz del ventanal de *Magnus*, era como un ojo amarillo y horrible, escrutando la noche. Pronto Santa Cruz se poblaría de gritos de alarma, y descubrirían el cadáver de *Magnus*.

La noticia, tardaría pocas horas en llegar a San Francisco. Y cuando llegase, y el teniente Brent atase cabos, su libertad y su vida no valdrían un centavo... Lo más prudente ahora, era huir, alejarse lo más posible de San Francisco. Es lo que haría cualquier otro en su lugar.

Precisamente por eso, Cliff Stevens regresaba a Frisco. Precisamente el único lugar donde no le buscaría la policía. Y, quizá, el único lugar del mundo donde poder hallar al asesino auténtico.

Al asesino de *Magnus*... y de Marcia Atkins.

* * *

El telegrama le esperaba ya en Lista Telegráfica. Cliff lo recogió nada más abrirse la ventanilla. Aún no había ni un solo cliente en la estafeta.

Rasgó el sobre, leyéndolo con rapidez:

«Este Orfanato no puede mantener relación alguna sobre niños adoptados, ni dar informes a nadie. Bástele saber, sin embargo, que Chester Braddell, hijo, falleció en este establecimiento a los seis meses. Nadie, pues, puede ser Braddell. Cordialmente suyo: Frederick Mason, del Orfanato Municipal de Cheyenne».

Salió a la calle. Había amanecido un día gris, plomizo. Pero aun así, le pareció maravilloso y optimista. Más que si un sol radiante iluminara San Francisco.

Una obsesión más, de la que acababa de librarse. No era el hijo de un asesino. El hijo de Chester Braddell había muerto hacía veintisiete años. Había estado dejándose envolver por telarañas fantásticas, por obsesiones inexistentes. Y alguien se había aprovechado con diabólica astucia de todo ello...

Miró a un lado y a otro de la calle. Ahora no era como antes. Ya no era un ciudadano vulgar, uno más entre los ochocientos mil que poblaban el centro urbano de la población más famosa de la Cosa del Pacífico, sin contar el radio de poblaciones suburbanas.

Ahora tenía que ocultarse, estaba seguro de ello. No tenía confirmación oficial, pero algo le decía que Cliff Stevens, desaparecido aquella noche de Frisco y complicado posteriormente en el hallazgo de un cadáver en Santa Cruz, cuya muerte había sido idéntica a la de Marcia Atkins, estaba siendo reclamado ya por la policía.

Echó a andar. Se ocultó de un coche-patrulla, a la altura de Van Ness, introduciéndose rápidamente en un taxi, dándole al taxista la dirección de un bar en Telegraph Hill. Ahora disponía de algún dinero. No sentía muchos escrúpulos en

gastar el que halló en la maleta de *Magnus*. Él y la persona que, sin duda, le dio aquel dinero, le debían a él mucho más. Poner precio a una supuesta culpabilidad, hubiera sido tarea difícil.

Aquellos billetes, podían ser una prueba algún día. Esperaba que si lo eran, bastase con uno o dos. El resto, lo precisaría para ir saliendo de la red tupida en que estaba envuelto.

El Union Pacific Bar era un local amplio. Los empleados de la mañana tenían demasiado sueño y mal humor para fijarse en él. Solamente eran las ocho y cuarto cuando entró.

Pidió un café con leche y tostadas con mantequilla. Se las sirvieron en una mesa arrinconada, sumida en penumbra, mientras él se metía en una cabina a telefonar. Pidió a la centralita el número del teléfono de los Apartamentos Rush Gold. Se lo dieron. Llamó, y pidió por Carol Francis. Esperó luego. Una operadora le dijo que la señorita Francis dormía. Alegó urgencia, y volvieron hacerle esperar. Por fin; oyó la voz de Carol:

—¿Quién llama?

Sonrió. La muchacha hablaba borrosamente, con fatiga. Sin duda salía de un profundo sueño. Él empezó a responderle con celeridad y tono claro:

—Escuche, Carol, tengo muchas cosas que decirle. ¿Me conoce usted?

—¡Cielos! ¡Es...! —Enmudeció. Luego, con cautela, añadió—: Cuidado. Pueden vigilar el teléfono... Es mejor sin nombres.

—¿Por qué todo eso? ¿Es que... ya estalló la bomba?

—Sí, ¿no lo sabía? El teniente está furioso. Por su desaparición, por algo que ha descubierto... Ha ordenado su inmediato arresto, esté donde esté.

—Lo suponía. Y aún no sabe lo peor. O tal vez lo sepa a estas horas. Otro hombre ha muerto...

—¡Dios mío!

—Y no es eso lo peor. Lo ocurrido en la bahía a su hermana y a Dave...

—¿Qué? —La voz de ella casi gritó.

—Creo que fue provocado. Todo obedece a un plan siniestro, una conspiración contra mí. Alguien quiere destruirme, y que me sienten en la cámara del gas si sé lo que es.

—Por Dios, no diga esas cosas... Si demuestran que usted asesinó a la pelirroja por..., por lo que ellos creen... si no va a la cámara, le encerrarán para siempre.

—¿Usted cree eso de mí?

—No. Le conozco muy poco. Pero me pareció usted un buen muchacho.

—Gracias. ¿Se atrevería a confiar en mí... a ayudarme, si es preciso, para demostrar mi inocencia?

—Sí. ¿Qué quiere que haga?

—Se lo voy a decir. Es sólo una teoría. Pero espero que resulte. ¿Usted dispone de dinero?

—No mucho. Somos una familia de escasos medios. Pero si algo necesita...

—No, gracias. Es para decirle que, por favor, pague las cosas que le indicaré. Luego se lo abonaré yo... si viene a verme.

—¿Por qué no he de ir?

—Recuerde lo que piensan de mí. Soy un sádico que posee el morboso placer de matar pelirrojas bonitas.

—Por Dios, no diga eso. Iré a donde me diga. No será a su antigua residencia, ¿verdad?

—No.

—Creo que el teniente vigila aquello. No se acerque por allí. Ni por el club.

—Gracias de nuevo. Vaya al Terminal Bar, dentro de unas horas. Pongamos a mediodía. Entonces creo que sabrá ya algo, si se da prisa por mí. Hay unos reservados en ese local. Estaré en el tercero de la derecha. La espero, Carol.

—Cuenta conmigo. ¿Qué debo hacer?

—Escuche...

* * *

Cliff Stevens fumó su enésimo cigarrillo desde que esperaba en el reservado del Terminal Bar. Luego, aguzó el oído. Alguien subía. Percibió un taconeo. Se acercó. Y pasó de largo. Alguien entró en otro reservado. Llegaron hasta él murmullos de conversación.

No era Carol. Todavía no. Miró su reloj. Las doce y cuarto. Se retrasaba. Quizá no llegara nunca. O entraría en vez de ella un grupo de agentes de policía, con el teniente Brent al frente.

Sus nervios estaban tensos. El espejo del fondo del compartimiento le devolvía la imagen de un Cliff Stevens pálido, ojeroso y fatigado. Ése era él. La apariencia no era muy agradable...

Otro taconeo. Se acercó también. Pero ahora *sí* era ella. La cortina del tercer reservado se alzo. Entró Carol Francis. Encantadora, con su traje oscuro, ceñido y discreto a la vez, las facciones sin maquillaje, los labios con un suave rojo natural.

—Hola, Cliff —saludó sencillamente.

—Hola, Carol —respondió él en igual tono—. ¿Nadie la siguió?

—Nadie —sonrió ella, suave—. Absolutamente nadie. Soy buena detective.

Se sentó junto a él. Ya le esperaba una copa de zumo de frutas. Cliff la había pedido anticipadamente para ella.

—¿Trae el informe? —indagó Cliff.

—Sí. En vez de telegramas, puse conferencia. Me informó el propio Ayuntamiento de Medford. Oregon. Ella era de allí, tal como usted me señaló.

—¿Cuál fue esa respuesta?

Ella abrió su bolso. Extrajo un papel escrito y lo tendió a Cliff.

—Ahí lo tiene. Todo lo que saben acerca de los Atkins. No es mucho.

—Suficiente tal vez... Familia acomodada. El incendio de su casa, donde murieron los padres de Marcia, y tíos de los dos muchachos de la familia, Glenn y Milward, les arruinó. Marcia hubo de buscar trabajo en San Francisco, después de algún tiempo de dedicarse, a tareas domésticas y a dependienta en varios locales de Medford. Por entonces, su primo Glenn se estrelló con su coche, en la carretera de la costa, y Milward emigró al Canadá, no sabiéndose más de él. No quedan otros parientes, salvo un tío llamado Ronald, que hace años vivía en Australia, pero del que no se supo más en los últimos tiempos... —Cliff, una vez leído el informe, suspiró, guardándolo en un bolsillo—. Espero que sea bastante, Carol. No sé cómo darle las gracias.

—Oh, no lo haga... —Sonrió ella—. Ha sido un placer poderle ayudar en esto, Cliff. Un auténtico placer. Siempre le he considerado inocente en todo ese feo asunto.

Evidentemente, tuvo usted más fe en mí que yo mismo. Hasta ayer, yo *sabía*, me creía culpable...

—¿Cómo es eso posible? ¿Usted mismo? —La bonita pelirroja abrió enormemente sus ojos.

—Sí, Carol. Es una historia increíble. Alguien me hipnotizó. Un hábil, fantástico sugestionador. Yo actué bajo su influjo, sin saberlo.

—¿Es posible hacer algo en estado hipnótico, Cliff? ¿Incluso matar?

—No. En realidad, creo que nunca maté, ni siquiera me acerqué al lugar del crimen. Otra persona utilizó prendas mías, dejó rastros míos abundantes... en tanto que yo *soñaba lo que ellos querían que soñase*. La sugestión se limitó a hacerme creer que un simple sueño... era realidad. Que había vivido cuanto se me *ordenó* que soñara, o cuanto se me hizo ver, en un sueño artificial. Dave lo sabía, Dave escuchó mis palabras en sueños, hubiera podido confirmar esto, Carol.

—Y Dave ha muerto.

—Sí. Por eso le dije que todo era planeado. Mi único testigo favorable, Dave, tenía que desaparecer. Y desapareció. No dispongo de nadie que confirme mi relate. Descubro al auténtico culpable, al hipnotizador que me sugestionó. Y cuando llego a él, está muerto.

—Dios mío... Entonces, ¿el hombre encontrado en Santa Cruz...?

—Era él —Cliff achicó los ojos—. ¿Ya sabe eso?

—Sí. Brent me telefoneó. Dijo que por nada del mundo me fiara de usted. Había desaparecido, según él, y en un hotel de Santa Cruz, un antiguo huésped de la señora Kenyon apareció asesinado con unas tijeras. Sin duda, porque podía actuar como testigo contra usted.

—¿Lo ve? Todo me acusa.

—Añadió algo más. Dijo que el laboratorio había dado como cierto que la letra de un librito de fósforos hallado frente al chalet de Marcia Atkins era suya, Cliff. Y que un envoltorio de ropas ensangrentadas, hallado en el fondo de la bahía, en el

embarcadero, pudo ser arrojado por usted allí, precisamente la noche en que le esperábamos en su alcoba, ya que un taxista identificó su fotografía, como el hombre a quien llevó hasta el embarcadero esa noche, frente a la estación del transbordador de Oakland.

—Ya veo. Todo está bien resuelto por Brent. No se duerme en las pajas. ¿Ha dictado orden de detención contra mí?

—Sí. Orden de cazarle... vivo —Carol suspiró, sin dejar de mirarle—. ¿No va a entregarse? Tal vez sería mejor...

—No, eso no. Nadie creería en mi inocencia. Estoy hundido. Han creado contra mí una trama perfecta. Aparentemente, en mi cerebro germina el morbo del crimen, de la ferocidad patológica. Habiendo encontrado ese envoltorio e identificado la letra de la caja de fósforos, estoy perdido. Las pruebas son abrumadoras. Jamás podré explicar mis actos... *precisamente porque obré como un auténtico asesino, que es lo que yo creía ser*. Ahí está la genialidad de este juego maldito. Si uno mismo se cree culpable, ¿quién no lo creerá?

—¿Y qué puede hacer? ¿De qué va a servirle esa serie de datos que le he dado? ¿De qué jugar al escondite en Frisco, si al final le cazarán irremisiblemente?

Usted lo ha dicho. Es un juego al escondite en una ciudad. Me cazarán irremisiblemente, también es cierto. Sólo deseo ganar tiempo. Y que cuando me cacen, pueda demostrar que soy inocente.

—¿Cómo lo demostrará?

—Sólo existe un medio: señalar al verdadero culpable.

—¿Y usted sabe *quién* es ese verdadero culpable?

—Sí. Creo que sé quién es —afirmó sorprendentemente Cliff.

Carol dio un respingo y le observó con asombro. Stevens parecía hablar muy seriamente.

—Entonces, ¿qué va a hacer? ¿Denunciarle?

—Carezco de pruebas. Son simples teorías. Pero si todo ha sucedido como sospecho, esto escapa incluso a la jurisdicción de la Policía Metropolitana de San Francisco. Será el Federal Bureau el que tendrá que intervenir.

—¿El F. B. I.?

—Sí. Para ello, hace falta que alguien provoque un pequeño escándalo. Algo así como unas revelaciones sensacionales, en la televisión o en la Prensa, que lleguen a Washington. Una llamada, un S. O. S. al F. B. I. Eso, no sólo provocaría su intervención, sino que tal vez desconcertara al teniente Brent. Y al asesino.

—¿Usted se cree capaz de hacer eso?

—No, Carol, yo no. Ahí entra usted... si quisiera hacerlo.

—¿Yo? —Asombrada, Carol Francis le miró sin entender—. Pero ¿qué puedo hacer yo?

—Escuche: ¿usted quiere que el responsable de que su hermana se ahogara en la bahía, con Dave Wilburn, pague su crimen?

—Si fue realmente un crimen... no deseo otra cosa en el mundo, Cliff. Y no sólo por eso. Sabe que deseo ayudarle. Pero ¿qué espera de mí? No sé hacer milagros...

—Tal vez haga éste. Si yo hablo, nadie va a creerme. Soy un sospechoso, y como simples protestas de inocencia se acogerían mis revelaciones. Pero suponga que yo le doy escrito lo que tiene que decir... como si fuera *suyo*. Como si usted supiera lo que yo sé. Y lo pregona a los cuatro vientos. La eficacia es muy diferente, en ese caso.

—Dudo de su eficacia. Pero aun así..., ¿cómo hacerlo? No conozco a nadie. Sólo al teniente Brent. Y él no me permitiría...

—Oh, no. El no debe enterarse en absoluto. Carol, usted sola ha de hacerlo, sin avisar previamente a nadie. En la Pacific TV hay un presentador nocturno, Hal Madison. Es un tipo poco escrupuloso, si hay noticia. Usted lo sería, con un texto preparado por mí. Se lo voy a dar. Lo tengo preparado. Sólo me faltaban unos datos que añadiré ahora. Irá a la TV y actuará esta noche, sólo con que explique a Madison lo que quiere hacer. Le conozco, y sé que accederá, Carol. Eso bastará para que la Prensa, mañana, publique la noticia, recogiendo la información televisada. Si ha de pagar alguna cantidad por ello, le ruego que lo haga. Yo se lo devolveré todo, Carol.

—No se preocupe por eso, Cliff. Si realmente pudiera ayudarle así...

—Puede hacerlo, Carol. Sólo es necesaria una cosa: que tenga el valor de arrostrar la prueba por mí, un hombre a quien apenas conoce. Que acepte una labor tan grave, confiando ciegamente en que cuanto yo diga, es verdad. No puedo probarle nada, ni garantizarle cosa alguna. Sólo es una teoría. Una simple teoría. Yo sé que es la verdad. Pero usted no tiene por qué saberlo, Carol...

Lentamente, Carol Francis afirmó con la cabeza. Sostuvo la mirada de Cliff. Y declaró, tras un silencio intenso:

—Yo... no sé por qué confío en usted, Cliff. Como ha dicho muy bien, somos dos desconocidos aún, el uno para el otro. Y, sin embargo, *creo* en Cliff Stevens. No me pida una razón. Sólo sé que le creo. Y que sé que cuanto diga usted por boca mía, sería cierto.

—Entonces..., ¿acepta?

—Vamos, Cliff. Está perdiendo el tiempo. ¿Cuándo me da esos datos para la TV? Stevens no supo qué decir. Sin desviar de ella los ojos, se limitó a murmurar:

—Gracias, Carol...

CAPÍTULO X

El teniente Brent pegó un respingo. De su mano cayó al suelo la taza de café, que se hizo añicos. Su mujer le miró con sorpresa desde la puerta de la cocina. Ya el policía se lanzaba como un tigre hacia el gabinete donde sus hijos presenciaban el programa nocturno de la televisión.

—¿Qué mil diablos ha dicho ese necio de Hal Madison? —Aulló el policía—. ¿Qué se presenta Carol Francis a hablar ante las cámaras?

—Sí, papá, eso ha dicho —asintió uno de los niños.

—Vamos, vamos, largaos a dormir —rezongó Brent a sus hijos—. Dejadme solo.

El anuncio comercial había pasado. De mala gana, los niños salieron de la estancia. Ya la efigie engomada y presuntuosa de Hal Madison, aparecía en la pantalla, sonriendo a los telespectadores.

—Señoras y señores, como acabo de indicarles, la señorita Francis trae a nuestro programa de actualidad ciudadana, el apasionante enigma de un crimen que ha puesto en vilo a todo San Francisco: la muerte de Marcia Atkins, hace una semana... Les recuerdo a la vez que la señorita Francis es hermana de Helen Francis, la infortunada joven que, junto con su novio, Dave Wilburn, encontró la muerte en la bahía, el mismo día en que Marcia Atkins era asesinada por unas tijeras manejadas por un loco...

Se apartó, con una gentil inclinación. Brent abrió desmesuradamente los ojos. Carol Francis, enlutada y solemne, muy bella y personal, entró en campo. Se detuvo ante la cámara, volvióse hacia ella, que hizo un avance sobre su faz; y dijo con voz firme:

—Permitan que antes de nada, rebata lo que acaba de decir el señor Madison. Marcia Atkins no fue muerta por un loco... sino por un hombre perfectamente cuerdo. No hubo en el delito otra morbosidad que la de un simple asesinato planeado fríamente. Y no era el primero que el asesino cometía... ni tampoco el último. Hace precisamente muy poco, uno de sus cómplices encontraba la muerte en un hotel de Santa Cruz, a manos del propio culpable... De todo eso voy a hablarles, señores, gracias a la atención dispensada por la Pacific TV. Y espero que mis palabras sirvan para esclarecer la verdad, y para llamar al F. B. I., que tiene jurisdicción sobre el caso. Porque el asesino a quien voy a acusar, pero cuyo nombre no puedo revelar aquí todavía, aunque si *él* me escucha, sabrá que le conozco perfectamente y que su juego no me ha engañado, ha cometido delitos federales, ya que realizó crímenes en diversos Estados, y algunos de sus hechos corresponden a la Oficina Federal de Washington...

—¡Esa chica está loca! —Aulló Brent—. ¡Va a organizar un buen lío con esta emisión!

Hubiera querido salir disparado, lanzarse hacia la calle, en busca de los Estudios de la Pacific Televisión System, para arrestar a Carol y prohibirle hablar. Pero eso

también provocaría un buen lío, al enfrentarlo con una persona tan influyente como Hal Madison.

—Ese asqueroso rufián... —Miró con ira al sonriente presentador, que se retiraba ya, dejando su mesa totalmente libre, a disposición de la visitante, y escupió al suelo rabiosamente—. ¿De dónde le habrá salido la idea de presentar a Carol Francis ahí? ¿Y por qué ella...?

Se ahogó, cuando Carol reanudó su charla ante las cámaras, con voz serena, fría, con una mirada fija en el objetivo, que era como una acusación a través de las ondas, hacia *alguien* que escuchaba...

—Yo voy a revelarles cómo ese criminal, utilizando a un hipnotizador profesional para imbuir en un hombre la idea de la culpabilidad, a base de hacerle creer reales los sueños y las ideas inculcadas, cometió el crimen, vistiendo las ropas del elegido como culpable ideal, y dejándolas luego en su alcoba, como prueba concluyente. Otras pruebas, como el librito de fósforos, se dieron por añadidura...

* * *

Las manos del televidente se crisparon en los brazos de la butaca. La respiración se hizo entrecortada. Unos labios, hundidos en la penumbra, frente a la azul nitidez de la pantalla hertziana, musitaron una imprecación obscena. Y una frase dura, glacial:

—Esa estúpida... ¿*Dónde* ha averiguado todo eso?

En el receptor, Carol Francis continuaba su relato, iniciado poco antes:

—El doble crimen de la bahía, frente a Fisherman's, también fue obra suya. Y bien sabe él cómo y por qué lo hizo... igual que lo sé yo. En la emisión de mañana, si poseo las pruebas que espero, quizá sea más explícita. Eso, suponiendo que el F. B. I. no acuda en mi ayuda. Yo, señoras y señores telespectadores, me he enamorado. Amo al hombre injustamente acusado. Y he investigado a fondo la cuestión. He llegado a conocer la verdad. Una verdad que puede salvar a un inocente monstruosamente envuelto en una tela de araña. Una verdad, que vengará a mi pobre hermana, brutalmente asesinada, sólo porque era inevitable hacerlo si se quería matar también a Dave Wilburn. Y ése era un crimen muy importante para nuestro asesino misterioso. Como lo fue después, una vez pagado el silencio y complicidad de Albert Wakkerman, alias «Magnus», silenciar su peligrosa boca. Así, le clavó tinas tijeras, cuando comprendió que el hombre elegido para pagar sus culpas, iba en pos de la pista auténtica. Robó sus memorias o diario, donde «Magnus» consignaba su participación en el crimen. Le quitó el dinero que le pagara por aquella complicidad, y cuanto podía delatarle. Pero olvidó dos cosas, ¿verdad, señor asesino? —Miraba tan fijamente, que el personaje sentado en la butaca se encogió como si estuviera ante un tribunal—. Un llavero con unas iniciales... y algunos papeles secantes sin usar... Los usados siempre son peligrosos. Puede haber uno donde se lea algo, ante un espejo. Pero el más peligroso es el poco usado. Ahí se lee muy bien...

Nuevamente, las manos aferraron el brazo del asiento. Con tal furia, que se sintió el crujido de la seda al rasgarse.

En el televisor, Carol Francis continuaba su extraño, valeroso alegato público...

* * *

—Pero aún hay más... —Estaba diciendo Carol—. Hay las razones primordiales para llamar al F. B. I. Es un caso de jurisdicción federal, desde el momento en que el asesino inició su cadena de crímenes en Oregon. Allí, tres personas murieron a sus manos... y luego su cuarta víctima cayó en California. Cruzó la divisoria, utilizando nombres supuestos, con fines delictivos. Y ante la pasividad de la policía local en descubrir al culpable de esos crímenes abominables... ¡yo apelo a la Oficina Federal desde aquí, en este momento, en favor de Cliff Stevens, inocente y acusado injustamente, hasta el punto de que él mismo llegó a creerse culpable, de un crimen que se ha pretendido presentar como morboso, sin serlo!... Un delito que parecía de cariz sexual, y que únicamente era el decisivo golpe de un criminal ambicioso, por obtener una fortuna personal importante. Venga el F. B. I., y yo les revelaré cuanto sé. Nadie puede, obligarme a acusar porque carezco de pruebas. Pero los federales las encontrarán. Y si no, yo volveré a esta tribuna pública a terminar mi acusación... con pruebas o sin ellas. Eso es todo, señoras y señores. Gracias, a la Pacific Televisión System. Gracias a Hal Madison, que hizo posible esta charla. Y gracias a la ciudad de San Francisco... y al F. B. I., que sé acudirá en ayuda de un inocente...

Inclinó la cabeza, con un sollozo. Hal Madison intervino, rápido, para completar con su fácil palabra la emotiva emisión.

En un lugar de San Francisco, Cliff Stevens, ante un receptor de televisión, sonrió sardónicamente, tiró el cigarrillo al suelo y lo aplastó con el pie.

—Has estado magnífica, Carol —dijo a la pantalla, incorporándose para cerrar la emisión—. Realmente magnífica... y muy sincera. Parecías hablar por ti misma, pequeña... Ahora... esperemos que esto de hoy, dé resultado...

CAPÍTULO XI

Carol contempló el teléfono. Sonaba, repicaba insistentemente. Pero no pensaba descolgarlo para atender la llamada.

Eran instrucciones de Hal Madison, el presentador de televisión más famoso del Pacífico:

—No responda a su teléfono, no atienda a nadie. Ni a las llamadas en su puerta. Dentro de poco, cientos de californianos la asediarán, en busca de informes, de datos... o simplemente en pos de un botón de su vestido, como recuerdo suyo. Conozco a mi gente. Vale más que se mantenga cerrada en su apartamento, que finja no estar para nadie. Y, mucho menos, para la policía. Esos serán los que más buscarán entrevistarse con usted. Si puede, vaya a otro sitio ignorado de todos, y deje su apartamento. Aunque ya no creo que tenga tiempo...

No había tenido tiempo. Nada más encerrarse allí, en los Gold Rush Apartaments, comenzaron los telefonazos, los grupos de curiosos, pasando ante el edificio. Luego, vinieron las llamadas en la puerta. Para todos, ella no estaba allí. Una propina generosa, de cincuenta dólares, al encargado de la conserjería, hizo el milagro. Muchos, no sé fiaban. Hasta que, cansados de insistir, se marchaban.

La policía tampoco faltó. El teniente Brent estuvo en el edificio. Pero el conserje tenía instrucciones precisas respecto a los de la Metropolitana de San Francisco:

—Lo siento, teniente. Antes de hablar por televisión, la señorita Francis se ausentó de su apartamento. Dijo que estaría unos días sin venir. No, no dio dirección alguna.

Tampoco se fió Brent de eso. Subió, aporreó la puerta. Incluso pasó a un apartamento vecino, y vigiló la terraza de Carol. Pero ella ya estaba alerta. No había luces en el piso. Ni señales de vida. Brent se marchó, resoplando furiosamente.

Ahora Carol seguía esperando. Esperando que interviniese el F. B. I. Sentada en la penumbra del gabinete, ante el televisor cerrado. Todos los apartamentos del edificio tenían TV. Pero ella no pensaba abrirla. El sonido y la luz podían ser reveladores para cualquiera.

Le bastaba con la claridad de diversos colores que entraba por la ventana, a su espalda, haciendo centellear los muebles de maderas claras, y con la luz roja, diminuta, de la brasa de su cigarrillo. Su cigarrillo número mil, por lo menos.

Estaba reflexionando todavía sobre cuanto dijo en el *set* de la Pacific Televisión System. Había parecido espontáneo, estaba segura de ello. En realidad, era un estudio preciso de cuanto le dijo Cliff, un apasionado modo de interpretar, casi como actriz, lo que ella ignoraba, pero que Stevens le había referido y anotado cuidadosamente. Aún quedaban cosas en el tintero. Pero ésas las ignoraba ella misma. Era Cliff quien habló por su boca; Cliff quien, al parecer, sabía mucho y no podía hablar. En cambio, el impacto de su charla, ante un público de buena fe, había sido tremendo. De ahí esperaba Stevens el resultado final.

Pero Carol sentía sus temores. ¿No sería demasiado ingenuo esperar que el F. B. I. interviniese en el asunto, sólo guiado por una emisión propia de cualquier «serial» televisado?

En cambio, Cliff, que demostró ser un hombre inteligente y sagaz en muchas cosas, había confiado y esperado demasiado en aquella presentación suya ante las cámaras. Ella no podía sentirse tan optimista. Ni esperar tanto de la espectacular charla televisada. Todo fue demasiado teatral, demasiado ficticio tal vez...

Aplastó el cigarrillo en el cenicero de la mesita situada junto a ella. Se incorporó y dio unos paseos por el apartamento. Se sirvió un vaso de leche en la cocina. Volvió luego a la salita. Se sentó, encendió otro cigarrillo. Sentía los nervios tan tirantes como cuerdas de guitarra.

Ni siquiera sabía lo que iba a suceder. Ni cómo vería de nuevo a Cliff, en aquel aislamiento. Él había dicho que, a pesar de todo, cuando llegara el momento estaría a su lado, para seguir adelante con el plan. Aunque creía que con la primera emisión bastaría.

Carol Francis giró de pronto la cabeza hacia la terraza. Le había parecido sentir un ruido en ella. Pero no era posible. Nadie llegaría hasta ella, por mucha que fuera su curiosidad. Entre apartamento y apartamento, era preciso salvar un hueco, a veinte pisos de altura sobre la calle. Ese espacio en el vacío, pasaba de una yarda de anchura. No era fácil salvarlo, por excéntrica que fuera una persona en su afán de ver de cerca a alguien.

Fumó de nuevo. Nerviosa, tensamente. De nuevo creyó sentir el rumor en la galería abierta a la ciudad salpicada de luces, en la noche apacible de San Francisco. No era cobarde. Se incorporó, avanzó en derecha hacia la galería. La abrió y salió a su terraza.

Respiró el aire de la noche, con olor a mar y a las flores de la terraza. No había nada alarmante en tomo suyo. Sólo la ciudad, sus luces, sus luminosos multicolores la bahía allá en la distancia, con las salpicaduras luminosas de barcos, *ferrys* y embarcaderos.

Regresó al interior. Dejó entreabierta la vidriera de la galería. En el apartamento hacía calor. Un calor pegajoso, agobiante...

En cambio, fuera debía de haber un poco de aire ahora. La puerta de la galería vibró estremeciéndose a su espalda. Carol fumó una vez más. Siempre en silencio. Su pie, taconeaba, mecánicamente, en el suelo de linóleo.

Y, de pronto, la voz...

—No se mueva ni grite, señorita Francis.

Dominó su terror. La voz llegaba de atrás. En la pared, sobre los muebles y el televisor apagado, una sombra. La sombra de un hombre, a contraluz de la galería y las luces urbanas. Avanzando lento, amenazador.

—¿Quién..., quién es usted? —interrogó roncamente, sin volverse.

—¿Por qué lo pregunta? Usted me conoce...

Aquella voz fría, metálica... Ella estaba segura de no haberla oído nunca, antes de ahora. No era la voz de Cliff, que pensó en un principio. Ni la del teniente Brent. Era otra voz. Se estremeció. No quería pensarlo. Pero lo estaba pensando...

—¿Por qué cree que le conozco? —preguntó, tras un silencio enervante.

—Lo dijo en la televisión, ¿recuerda? Se dirigía a mí... Me acusó...

—EL ASESINO...

Lo dijo casi sin meditar. Impulsiva, violentamente. Y sabía que era la verdad. El otro se lo confirmó.

—Sí. El asesino, señorita Francis. Soy yo. Supongo que puede volverse, ya que tan bien me conoce...

Lentamente, Carol giró la cabeza. Contempló la sombra del intruso. El fuerte contraluz no le permitía verlo. Algo le era familiar en el hombre. Pero le producía la impresión de que no le había visto jamás en persona. Naturalmente, ignoraba quién era. Cliff tal vez lo sabía Ella, no. Pero esto tampoco lo sabía su visitante nocturno.

Se miraron los dos. El intruso rió entre dientes. Era una risa ronca, ominosa.

—¿No tiene miedo? —preguntó.

—No. ¿Por qué había de tenerlo? —Carol ignoraba cómo era capaz de tal alarde.

—Maté a una pelirroja, señorita Francis. Tan hermosa como usted. Quizá menos hermosa. La belleza, es siempre un motivo para provocar el ansia de matar, de destruir esa belleza.

Carol comprendió. Era una trampa. Una trampa para descubrir si realmente sabía algo. Ella recordó lo que, por dictado de Cliff, dijo ante las cámaras: «No es un sádico. Es un asesino que busca una fortuna...». Él quería asustarla. Y no lo logró.

—No es usted un criminal morbosos. No es un maniático, sino un hombre muy listo —dijo fríamente ella—. Sabe que no puede engañarme.

—Ya veo —suspiró el otro, inclinando la cabeza—. Lo sabe todo, ¿eh? *Tendré que matarla*, señorita Francis.

Otro silencio. Terrible, impresionante. Y luego, la voz suave de Carol:

—Sí, supongo que sí...

* * *

La mano del hombre había emergido del bolsillo de su sobretodo oscuro. Empuñaba unas tijeras largas, agudas, que centellearon siniestramente. Carol no se movió. Su mente, entre tanto, trabajaba activamente.

—La misma arma de siempre, ¿eh? —Dijo con frialdad—. Las tijeras... Pero esta vez no irá tan bien para usted.

—¿Qué quiere decir? —inquirió con serenidad el asesino.

—He hablado por televisión. Si aparezco muerta ahora, ¿quién va a creer que lo hizo Cliff Stevens?

—Tal vez Stevens se libre de esto —el otro se encogió de hombros—. Será una

lástima, porque era una buena víctima. Su origen del orfanato, que podía confundirle con el hijo de un asesino, internado por entonces en el mismo establecimiento... su mente algo insegura, su complejo, su imaginación... Lo demás, lo hicimos entre *Magnus* y yo. Pero el viejo borracho tenía que morir. Sabía demasiado. Y el muy necio lo escribía en sus memorias. Tuve que matarle, y llevarme esas memorias. Usted habló de un secante, ¿verdad?

—Sí —ella se irguió, amenazadora—. Pero no lo tengo aquí. Está en lugar seguro. Y llegará a manos de la policía, si muero.

—Creo que miente —suspiró el criminal—. Pero aunque no mienta, he de correr el riesgo, Dejándola viva, todo se descubriría igual. Y yo no cobraría la herencia de tío Ronald, que pasa *al único superviviente de los Atkins, si los demás fallecen...* Dígame, ¿cómo supo usted que yo era *Milward Atkins, el primo de Marcia*?

Carol contuvo el aliento. No se imaginaba nada de eso. Pero recordó algo. Algo que le había enseñado Cliff: un llavero. Un llavero de plata, con herradura. M. A... No eran las de Marcia, sino las de Milward Atkins, el primo del que nada se sabía...

Se dominó como mejor supo. Giró la cabeza hacia la galería, donde se agitaba ligeramente la vidriera. Pero ahora sí era el aire exterior. Antes... era el asesino.

—Ha sido muy audaz entrando por ahí —dijo, sin responderle.

—No es difícil. Fui artista de circo. Saltar ese hueco, con un sedal, no es cosa de titanes —suspiró de nuevo—. Bien, veo que no quiere contestarme. De todos modos, va a morir. Aunque grite, llegarán tarde.

—No impedirá nada con eso. No cobrará nunca ese dinero bañado en la sangre de su propia familia...

—Ya le dije que correré el riesgo. Si usted sigue viva, todo se ha perdido. Matándola... queda un resquicio de esperanza.

Avanzó sobre ella con mayor rapidez. Las tijeras brillaron en el aire, aproximándose a ella, movidas por una mano enguantada y vertiginosa. El chillido de Carol coincidió con el estrépito de la puerta vidriera de la galería, al abrirse violentamente, chocar con un mueble y hacerse añicos.

Se inmovilizó en el aire la tijera, giró el cuerpo del asesino, y sus ojos dilatados e implacables se fijaron en el bulto que emergía entre las sombras de la azotea, lanzándose hacia él como un bólido.

Carol retrocedió, sin comprender nada de lo que sucedía. Una forma humana cayó con la agilidad de un felino sobre el atacante. Rugió el asesino entre dientes, pugnó por utilizar sus tijeras...

Pero era en vano. El recién llegado, como una furia, derribó a Milward Atkins por el suelo, rodó con él, arrancándole de la mano las tijeras, martilleándole violentamente con ambos puños...

El hombre acosado quedó inmóvil por fin, respirando jadeante bajo el peso de su rival. Éste habló, entrecortado, levantando la cabeza hacia Carol:

—Llame ahora a conserjería. La policía ya puede venir, Carol...

—Sí, Cliff... —susurró ella, trémula—. Sí...

Y levantó el receptor telefónico con energía. Cuando se estableció, la comunicación, expresóse rápida, elocuentemente:

—Aquí Carol Francis, Llame a la policía. Es urgente. Hemos capturado al asesino... Sí, está aquí, en mi apartamento...

* * *

—De modo que jugaron a detectives los dos, ¿eh? —Aulló el teniente Brent, mientras sus hombres se llevaban esposado al hombre de las manos enguantadas y las tijeras homicidas—. ¡Bonita forma de cooperar con la policía, señorita Francis!

—Teniente, tenía que demostrar que Cliff no era culpable...

—¡Diablos, y yo también! —Gruñó el policía—. ¿Se cree que soy un estúpido, y que los policías estamos a merced de los aprendices y aficionados? Nunca creí culpable a Cliff Stevens.

—¿Cómo? —Estalló Carol—. Pero usted..., usted ordenó su arresto...

—Sí, teniente —apoyó Cliff, ceñudo—. Y usted me acosó, comprobó cada indicio contra mí... Me iba envolviendo en un cerco inexorable...

—Al principio le creí culpable, Stevens. Eso lo admito. Pero cuando más parecía sospechar de usted, en realidad no hacía otra cosa que ir comprobando lo extraño de todo el caso. Tenía un informe médico suyo, en el que constaba que no ofrecía indicio alguno de desequilibrio mental. Otro informe del doctor Sothern, su médico, me añadía que presentaba usted indicios de haber sido hipnotizado o sometido a sugestión. Luego, todas las pruebas eran raras. Como elaboradas cuidadosamente... Quise ver hasta dónde llegaba el verdadero culpable. Mientras pareciese existir una sospecha concreta sobre usted, el asesino obraría descuidadamente.

—Pero ¿por qué dictó orden de arresto contra mí? ¿Para protegerme?

—En cierto modo, sí. Por otro lado para evitar que usted ahuyentara la caza. Lo que más me enfureció fue la salida de Carol Francis ante la TV. Eso podía hundirlo todo y hacer huir al criminal... o poner en peligro la vida de la muchacha. ¿Se creyó seriamente que el F. B. I. iba a intervenir?

—Oh, no —rió Cliff—. Lamento haber utilizado a Carol como cebo viviente. Pero es justamente lo que hice.

—Así lo sospeché, nada más ver al criminal en mi apartamento —dijo ella—. Comprendí que ése era el juego. Quería tranquilizarme, pensar que usted, Cliff, estaría cerca. Pero no imaginaba cómo podía llegar a tiempo de evitarlo. Atkins fue tan cauteloso...

—También yo —sonrió Cliff Stevens. Estaba en la galería superior, vigilando con un micrófono instalado entre esas plantas, y unos auriculares arriba. Así supe cuándo había llegado el criminal, y descendí yo, por mi parte. Tengo alquilado el apartamento de arriba, con nombre supuesto. Nadie se imaginó que me ocultaría

aquí.

—Dios mío, Cliff, ¿por qué no me contó todo eso? Hubiera sido todo más agradable.

—No podía hacerlo, Carol. Tenía que esperar mi momento. Usted podía delatarse, y echar a rodar todo el plan. Valía más así. Pero no estaba dispuesto a que usted corriese riesgos innecesarios. Sólo el preciso para capturar al culpable.

—¿Y esas pruebas que citaron, del llavero, el secante y todo eso? —indagó Brent.

—El llavero existía, sí. Y era curioso que fuese *idéntico* a uno que yo había visto otras veces, pero en cuyas iniciales no me fijé jamás. Eso me dio la clave de todo. El secante, fue pura invención. Existía, sí, y estaba poco usado. Pero sus letras carecían de significado. Espero que hallen ahora las Memorias de *Magnus*, y lleguen a saber cómo me sugestionaron a mí, inculcándome la idea de que había estado en el chalet de Marcia, dándome datos exactos del lugar, grabando, casi de forma fotográfica las imágenes de un crimen que jamás presencié, en mi mente. Y creando en mí el complejo de culpabilidad que había de arrastrarme al desastre final.

—Por fortuna, tropezaron con un hombre equilibrado e inteligente —apuntó Brent—. Le felicito, muchacho. Otro, en su lugar, hubiera terminado por enloquecer de verdad. Llegó a creerse el auténtico asesino, ¿verdad?

—Sí. Casi intuía la presencia del morbo homicida en mi alma enferma. Me creí moralmente podrido. Hasta que algo me liberó. La idea de la hipnosis. Moralmente, no era ya culpable ante mí mismo. Hipnotizado, pude matar sin ser responsable. Pero no dejaba de ser culpable físico, autor indirecto del crimen dictado por otros. Y el doctor Sothern me quitó también esa idea. No es tan fácil imbuir en otro una orden así. En cambio, sí lo es hacerle creer cosas que no son. Ahí vi la clave. No sólo no era un loco sádico, sino que tampoco empuñé el arma ni tiré el librito de fósforos en el charco de Rincón Road. Todo fue maquinado, previsto, realizado por otro. Y luego, imbuido en mí, como si lo soñara. Y como en un sueño desperté, tras la sesión de hipnosis. Para entonces, el crimen estaba ya cometido.

—¿Y el envoltorio que usted arrojó a la bahía, lo halló en su maleta?

—Sí. Lo dejaron allí, tras el crimen. *Magnus* me vio hallarlo, supo que todo iba bien. Al otro día, desaparecido Dave Wilburn, nadie podría declarar en favor de mi coartada, y sería acusado. Mi sugestionada imaginación, haría el resto.

—Pero Cliff, usted dijo que el mismo asesino mató a Helen, mi hermana —intervino Carol con voz quebrada—. ¿Era cierto, o es otro de sus trucos para ganarse mi ayuda?

—Por Dios, Carol, jamás hubiera recurrido a una mentira tan vil. Era cierto. Él mató a Helen en la bahía.

—Pero ¿por qué, Dios mío, por qué? —gimió ella—. ¿Sólo por deshacerse de su testigo favorable, Dave Wilburn, tuvo que matar también inútilmente a una persona que ningún mal le hacía?

—Mi querida Carol, en un hombre como Milward Atkins, matar a uno más o

menos, carecía de importancia. Recuerde que mató a sus tíos en un incendio provocado por él mismo, en Medford, Oregon. Y que él fue también quien provocó el accidente de coche de su primo Glenn, poco después. Posteriormente, mató a Marcia, única superviviente con él, de los Atkins. Ya que por entonces, su tío Ronald, en Australia, según hemos comprobado, hallaba la muerte, por su mucha edad. Una fortuna en minas quedaba así a merced de la familia Atkins. Una familia reducida, al parecer por causas ajenas a intereses familiares, a un solo miembro: Milward Atkins, el asesino.

—Dios mío, es horrible. Pensar que la pobre Helen, al acompañar a Dave, firmaba su sentencia de muerte...

—Es cierto. Pero no sufra, Carol. De todos modos, tenía que hacerlo. Helen no podía vivir, por el simple hecho de estar en aquella canoa a motor.

—No le entiendo... —Carol le contempló fijamente, con sorpresa.

El teniente Brent intervino entonces, con su voz recia y firme:

—Cierto, usted aún lo ignora... Lo cierto es que yo lo ignoré hasta ver a ese hombre aquí, reducido por la intervención de Cliff Stevens. Pero reconocí en seguida su cara, al relacionarla con las fotografías que obran en nuestro poder...

—¿Qué fotografías?

—Las de un hombre oficialmente muerto —dijo Cliff gravemente—. Sí, Carol. Milward Atkins, el primo de Marcia, ya era conocido mío. Pero *yo le había tratado con el nombre de Dave Wilburn, el hombre muerto en la bahía...*

CAPÍTULO XII

—Dave Wilburn... ¡Dave Wilburn, un muerto! Oh, Cliff, ¿cómo pudo ser?

—Dave Wilburn tenía que morir oficialmente, Carol. Pero no *realmente*. Todo estaba previsto. La excursión dominical, tras el asesinato de la madrugada... *Magnus* en otra lancha, seguramente, no lejos de donde ellos estaban... El viraje brusco, la caída al agua... y *Magnus* que recoge a ambos. A Helen y a Dave. Les oculta, finge buscar, como todos los demás, cuando en realidad ya los tiene escondidos. Helen, acaso muerta de un golpe, o simplemente desvanecida... En espera del momento oportuno de arrojar los cadáveres al agua. El de Helen, y junto con él, el cadáver de un hombre *físicamente parecido a Atkins* (o Wilburn), pero que no podía ser hallado *antes* de ocho días, ya que había de estar lo bastante descompuesto para que, una vez vestido con ropas y pertenencias de Dave, pareciese exactamente él.

—Pero la autopsia... reveló que llevaban realmente esos días en el mar, Cliff —dijo roncamente Carol—. Me lo refirió el teniente.

—Sí, Carol. Eso no podía pasarle por alto a Dave Wilburn. Sin duda para aquella mañana del domingo, su «doble» ya estaba muerto. Y una vez muerta Helen, sumergieron a los dos cadáveres en una balsa de agua salada, dentro de algún yate o canoa. Allí permanecieron los muertos, hasta que, ligándoles un cable con algún lastre, que diese la impresión de que pudo tenerles sujetos al fondo, sin ser descubiertos, les llevara al lugar donde lo hallaran los hombres-ranas. Para entonces, ni su hermana ni el supuesto Dave Wilburn estaban demasiado reconocibles, desgraciadamente. El elegido por *Magnus* y él, era un tipo similar, de color de cabello idéntico, y parecida contextura. Realmente, debieron arrojar peces y cangrejos a la balsa de agua donde tenían a los muertos. Es... es muy desagradable y espeluznante todo esto, Carol..., pero necesario de referir.

Iban dentro del coche del teniente Brent, camino de la jefatura de Policía de San Francisco. Carol sepultó el rostro entre sus manos, angustiada por la espeluznante relación de hechos. El teniente Brent, que conducía el coche, se volvió un momento para preguntar:

—Cliff, ¿y cómo es que existía esa amistad entre Milward Atkins y el hipnotizador del circo?

—Él lo reveló a Carol cuando iba a matarla. Había sido artista circense. Quizá también fue actor, porque interpretó muy bien su falsa personalidad de Dave Wilburn. Tuvo la osadía, incluso, de no alterar su aspecto real. Y de dejar mi apellido que, pese a ser falso, se asemejaba mucho a su propio nombre. ¿Ha observado la semejanza Milward-Wilburn teniente Brent? Era un cínico muy osado. Le gustaba desafiar a la inteligencia ajena.

—¿Por qué tuvo que fingirse otra persona y convivir con usted?

—Milward Atkins era muy astuto. Y calculador. Eligió cuidadosamente su víctima. Supo, por alguna agencia de detectives privados, que yo era hijo adoptivo.

Debió andar buscando alguno, de la época de Chester Braddell, el asesino ejecutado. Alguien que, llegado el momento, pudiera parecer que era su víctima, para inculcarle el complejo de culpabilidad total. Me tuvo a mí, se buscó alojamiento en la casa, y se hizo pasar por oficinista. En realidad, lo era. Para todos, recuerde que Dave Wilburn era un provinciano en busca de trabajo en San Francisco. Había venido del Norte. Justamente de Oregon, origen de Marcia Atkins. Yo trabajaba en el mismo local de Marcia, la conocía... Y, según *Magnus*, debía de ser un buen elemento para suggestionar. Así lo hicieron. Su convivencia cerca de mí, unida a la de *Magnus*, que procuró incorporarse al Gran Circo del Oeste para estar en San Francisco sin despertar sospechas, y que sin duda era un viejo amigo de Atkins, en su vida bohemia como artista le facilitaba las cosas. Luego, realizada la tarea, desaparecería, fingiéndose muerto. Y nadie más pensaría ya en Dave Wilburn, oficialmente muerto. Era el precio de tener un culpable para el asesinato de Marcia. Nadie debía relacionar la muerte de la muchacha con la fortuna que dentro de poco se haría público que pertenecía a los Atkins aún vivos. Así, Milward Atkins estaría libre de toda sospecha siempre. Me sorprendió al pensar que aquello no fue sueño ni realidad, sino sugestión hipnótica, recordar que Dave mencionó que yo soñé con Marcia en voz alta. Eso me hizo sospechar, porque no era cierto.

—Era una trama infernalmente astuta y despiadada. *Magnus* debió asustarse de todo eso, y una vez con el dinero que le pagó su cómplice, quiso desaparecer, largarse a otro lugar. Pero Atkins le silenció.

—Sí. Ya no le necesitaba. Le siguió de cerca, se alojó tras él en el mismo hotel y entró, matándole. Al morir, *Magnus* le arrancó el llavero, sin advertirlo él. Se llevó el dinero, las Memorias de viejo hipnotizador, e incluso le resultó bien, porque yo cargué con otro asesinato similar al de Marcia. No podía figurarme que usted no me creía culpable. Por eso utilicé a Carol como cebo, ante la Televisión. Como comprenderá no podía esperar que el F. B. I. interviniera sólo por una emisión truculenta.

Se volvió hacia Carol y la rodeó con sus brazos los hombros.

—Vamos, pequeña, sea fuerte —pidió—. Ya nada puede hacer por Helen. Sólo le queda el consuelo de que el culpable pagará su culpa. Y no en un manicomio, sino en la cámara de gas. Si algún morbo existe en su mente, es el de la ambición y la codicia sin límites.

—¡Oh, Cliff, ahora me siento más débil que nunca! —sollozó la joven.

E impulsivamente, se dejó caer contra el pecho del joven, que sonrió, estrechándola contra sí.

—Bueno, Stevens, espero asistir a su boda muy pronto —rió el teniente—. Luego hablaremos para que le ayude a encontrar un buen empleo. Aunque creo que, después de esta aventura, le van a sobrar oportunidades, muchacho. Y necesitará un sueldo decente para mantener a su futura esposa.

Cliff sonrió. Impulsivamente también, inclinóse sobre Carol Francis. Besó sus

labios. Ella seguía sollozando. Y se oprimió más contra él, dejó que los brazos de Cliff la rodearan.

—Hemos llegado... —El coche de Brent se detuvo ante el edificio del Departamento Central de Policía de San Francisco—. Vamos, muchachos. Sólo les retendré un momento. Después quedarán tranquilos hasta el juicio de Atkins, Wilburn o como quieran llamarle.

—Sí, teniente. Vamos...

Salieron los tres del coche. En la puerta, un policía uniformado detuvo al teniente.

—Arriba en su despacho les esperan, teniente Brent —informó el hombre.

—¿Sí? ¿Quién? ¿El fiscal?

—No, no. Se trata del agente especial Harry Downsworth, de la Oficina Federal de Washington.

—¿Eh? —El teniente se detuvo en seco. También Cliff y Carol—. ¿Un federal?

—Sí, teniente —sonrió el policía. Luego señaló a Carol Francis—. Al parecer, lo que la señorita dijo anoche por televisión convenció a los «G-Men». El agente Downsworth asegura que el asunto Atkins entra dentro de la jurisdicción del F. B. I.

—¡Cielos, lo que me faltaba por oír! —gruñó el teniente Brent, llevándose las manos a la cabeza. Miró con estupor a Cliff y a Carol, que sonreían, sin dejar de permanecer entrelazados sus brazos—. Hasta la intervención del F. B. I. lograron ustedes por fin...

—¿Lo ve, teniente? —Rió Cliff Stevens—. Ahora es cuando empiezo a creer que soy un loco genial.

FIN



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su primera novela policíaca fue *La muerte elige* y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste..., es sin duda alguna uno de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana). Los seudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester. Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí*, *Nuestro agente en Casablanca*, *Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*. Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobre todo Bruguera. Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como *Alicia en el país de las maravillas*, *Robinson Crusoe*, *Miguel Strogoff* o el clásico de Cervantes *Don Quijote de la Mancha*, asimismo escribió un

par de novelas de literatura «seria», *La conjura* y *La clave de los Evangelios*. En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico *Yo, Curtis Garland* publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz. Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada *Las oscuras nostalgias*. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.